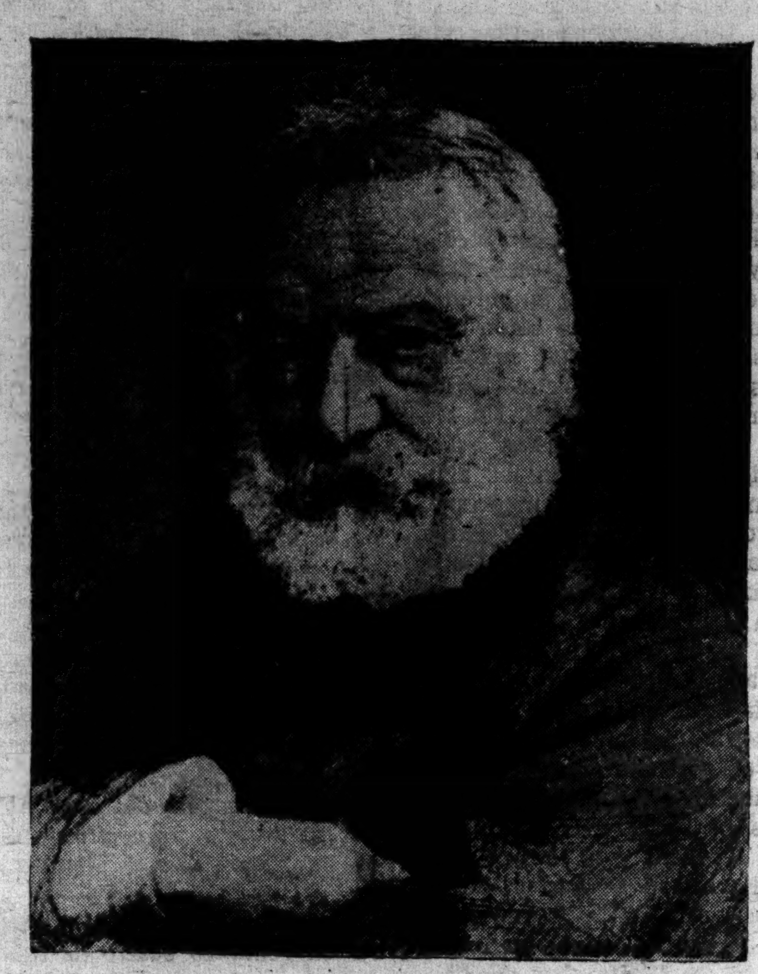
REPERTORIO AMERICANO

CUADERNOS DE CULTURA HISPANA

Tomo XLVII | San José, Costa Rica | 1952 | Miércoles 15 de Diciembre | Nº 24

Año 33 — No. 1145



Víctor Hugo

Influencia de VICTOR HUGO en la América Latina

Por el Dr. *José de Jesús NUÑEZ y DOMINGUEZ*

(*Atención del autor*, en Tegucigalpa, Honduras).

En el horizonte de las magnas evocaciones de la superhombría, allí donde aparecen, buriladas por la Eternidad, las figuras de los seres de elección, con la mayestática imperturbabilidad de la gloria divina, surge la del más ilustre escritor francés del siglo XIX.

Ya no alteran su empírea serenidad las tormentas de las pasiones humanas que lo envolvieron en vida con los relámpagos lívidos de la envidia, con los torvos nublados de los odios o con los fulgores flamígeros de la ilímite alabanza y de la admiración fanática. Hoy, despojado de sus terrenos atavíos, impertérrito, en una desnudez olímpica de cuerpo y alma, como en el bronce magistral de Rodín, se presenta a nuestra vista, vencedor de las edades, inmensurable en sus dimensiones de creador, el oído atento a la armonía pitagórica de las esferas, los ojos como extáticos de tanto contemplar el infinito y las manos resplandecientes como untadas de polvo de estrellas!

Cuando alentaba aún en este mundo, el Universo habíale ya deificado y le miraba como al genio extraordinario en que la humanidad había encontrado la voz perfecta de la justicia, el acento más puro del arte, el clamor más exaltado de la libertad!

Si levantaba sus airadas admoniciones contra los tiranos, si esgrimía sus cláusulas ígneas como los haces de rayos de un Zeus colérico, la imaginación popular le daba un escenario apocalíptico y lo asimilaba al águila de Patmos que apresaba sus grandiosas visiones entre relámpagos y truenos. Era el Moisés moderno que recibía los dictados celestes entre estrépitos de cataclismos y derrumbamientos de soles.

Si se erguía en la isla solitaria, donde comía el amargo pan del exilio, para señalar desde allí con índice de fuego las corrupciones sociales y fustigar con un rebenque que parecía hecho de lumbre de centellas, el rostro de los déspotas, era entonces uno de los que él mismo llamara hombres-océanos, como si el tumulto del mar que arrullara sus ensueños de poeta lo hubiera deshumanizado para prestarle la apariencia de un titán fabuloso, de un ente mítico emergido del fondo convulso del abismo. La melena al aire, las pupilas embebidas en las ondas que parecían traerle gratas resonancias de la cercana playa de su patria, el paso lento entre los agrios acantilados, agudos como sus invectivas y ásperos como sus cláusulas de crítico, familiarizado con las dos inmensidades que le rodeaban y le servían de decorado soberbio, era la encarnación de las iras sublimes de los míseros de la tierra al par que el genio donde la poesía había alcanzado las latitudes más excelsas de la belleza.

Así lo veían los escritores de nuestra América, que le rendían parias en sus más exaltados panegíricos:

¡Contemplad el coloso!
¡Ved cómo lucha y lucha y no desmaya!
Cómo pisa, radiante y majestuoso
el más alto crestón del Himalaya;
cómo allí —puesto en Dios el pensamiento—
revela un nuevo mundo en cada grito...
¡Atlas en que se apoya el firmamento!
¡Atalaya que explora el infinito!

Y la lira del mexicano Díaz Mirón al modular estas alabanzas, de fervores himnicos, desgranaba chorros de metáforas altisonantes, en las que vibraba la devoción más ancha para el poeta de "Las Contemplaciones", para

"ese rey triunfador a cuya planta
es un mezquino pedestal la tierra";

y allá, en el Plata, empinándose sobre la imponente desolación de sus pampas desmesuradas, otro bardo —Olegario V. Andrade— en cuya trompa épica repercutía la sinfónica música huguiana, entonaba a su vez las loas más entusiastas para el padre de "Los Castigos". Y en sus más encendidas estrofas al héroe epónimo de su patria, el hálito del numen huguiano se transparenta en metáforas y estilo:

¿En qué piensa el coloso de la historia
de pie sobre el coloso de la tierra?
Piensa en Dios, en la Patria y en la Gloria,
en pueblos libres y en cadenas rotas.
¡Y, con la fe del que a la lucha lleva
la palabra infalible del destino,
se lanzó por las ásperas gargantas
y lo siguió rugiendo el torbellino!

Todo el continente de Colón era un grito admirativo para Víctor Hugo. Diríase que las solemnes orquestas de sus selvas y bosques, que el estruendo de sus bramadoras cataratas y sus ríos caudalosos; que el ulular de los vientos que tienen sus madrigueras en los ventisqueros de sus montes eminentes; que el himplar de sus fieras y las cántigas de sus aves, que el horrísono fragor de sus volcanes en erupción, cuanto vuela, cuanto repta, cuanto vibra, cuanto se mueve con la palpitación de la vida, se había conjuntado en un ingente coro para entonar el pean en loor de aquel que, en su espléndido aislamiento, se ase-

mejaba a un visionario que entablaba diálogos con entes ultraterrenos, que lanzaba sus apóstrofes como un dios iracundo que despedaza bólidos o que —genio del monólogo según le llama Thibaudet— ofrecía ese monólogo como "el alimento y el imán de una muchedumbre, de las muchedumbres, de los pueblos, de los seres, de los vivos y de los muertos, del mismo Dios!"

Había pasado, como en el poema de Darío, "un hondo temblor por las vértebras enormes de los Andes" que era el temblor lírico de la influencia huguiana en las letras de Hispano-América. Y justamente en el riñón andino, al pie de las cumbres épicas empenachadas de nieves eternas, el ínclito Andrés Bello, que "fué en su tiempo, según Henríquez Ureña, el hombre de más vasta cultura del nuevo mundo", quitándose de los labios la zampoña clásica que enmielaron los frutos paradisíacos de la zona tórrida, tañía la férrea lira de Hugo y realizaba la magnífica e insuperable traducción de "La Oración por todos".

No tuvo Hugo mejor intérprete ni cauce más apropiado para llegar al corazón sensible de América. Su poema penetró en las escuelas y las bocas infantiles lo balbucearon por igual en las urbes populosas que en las más remotas aldeas y estremeció a la par el alma de los maestros y el alma de los niños y del uno al otro confín del continente desplegaron sus alas rociadas de lágrimas las estrofas de esa plegaria de profundo sabor humano como las alas de los pájaros se despliegan empapadas de rocío en las auroras mágicas de nuestras campiñas tropicales.

Pero como la voz de Hugo era polifónica, como tocaba "todo el registro de la vida" y recorría "todo el diapasón del alma", como

"siempre con igual éxito su numen
brota en odas, idilios y elegías;
y es que en él se completan y resumen
Píndaro, Anacreonte y Jeremías!...";

como había ya alcanzado la inmortalidad escalando las tres cumbres de la poesía lírica, del teatro y de la novela, todo hombre poseído en América del *"quid divinum"* de la literatura, rendía culto vehemente a quien estaba considerado sin contradicción como el escritor que llenaba el siglo XIX con la irradiación de su gloria, porque Hugo, según la frase martiana, estaba pegado a ese siglo como una mariposa; mariposa de alas fúlgidas, agregaremos nosotros, porque las había empapado en el polen lumíneo de las constelaciones.

Y por eso las corrientes literarias de América eran como ríos desprendidos del próvido venero huguiano, que en vez de aminorar su caudal parecía inexhausto y cada vez presentaba nuevos y más henchidos raudales.

Heredia, el cantor cubano del Niágara, que introdujo el romanticismo en México abrió las puertas a esa nueva modalidad literaria que originó "un vuelco en los espíritus", tal como había ya sucedido en el viejo mundo. Aquella impetuosa ola, que derrumbaba, iconoclasta, los valladares carcomidos del clasicismo, se expandió por nuestro "Continente de liras", porque "el espíritu, el ambiente, la época mostrábanse aquí propicios a aquella fiebre sentimental. La naturaleza, la sociedad, el alma eran a propósito —expresaba Luis G. Urbina— para recibir y difundir la nueva manifestación literaria", porque "poseíamos los elementos psíquicos; la expresión nos vino de fuera; la emoción la teníamos ya; era nuestra desde hacía muchos años". La teníamos, en efecto, en lo exorbitante de nuestro mismo medio geográfico, en su exuberancia prodigiosa, que nos habitúa a lo excesivo, a lo inconmensurable, a lo desproporcionado, a lo descomunal; y por ello la inspiración huguiana, encontró en nosotros una acogida de delirio colectivo, pues era arrolladora como las corrientes amazónicas, pasmosa como nuestras selvas vírgenes, rugiente como el Tequendama y el Niágara, y majestuosa como el Chimborazo y el Momotombo, al que invocara el propio Hugo en memorable poema: "Oh, vieux Momotombo, colosse chauve et nu".

Y así las legiones líricas americanas que acaudillara espiritualmente desde París o desde Guernesey el hombre que era el árbitro del mundo de la poesía, se amparaban bajo sus pendones y le seguían como coribantes fervorosos. Se traducían sus poemas, sus dramas y sus novelas, que servían de pauta a la producción indígena. En México todos los poetas y novelistas desde mediados del siglo pasado hasta los años finiseculares, en mayor o menor proporción, se movieron bajo la égida de Hugo, y Rodríguez Galván y Calderón e Isabel Prieto de Landázuri y Acuña, el bardo suicida que ante la interrogación huguiana de "oú va l'homme sur la terre?", halla nuevo incentivo a su acre escepticismo, o imprecaba a la sociedad que condenaba a las rameras, basándose indudablemente en el verso de Hugo: "Oh, n'insultez jamais une femme qui tombe!"; y el apasionado Flores y el exquisito Gutiérrez Nájera y el grandílocuo Justo Sierra y el tempestuoso Díaz Mirón y Fernando Orozco y Berra, Díaz Covarrubias, del Castillo, Payno y Altamirano, todos encendieron sus turíbulos en honor del autor de *El Hombre que Ríe*.

Justo Sierra fué quizás quien más de cerca siguió primero sus huellas, pues "arrastrado por Víctor Hugo —asienta el ya citado Urbina— aportaba a la poesía mexicana las visiones apocalípticas de sus tremendas metáforas, de sus bruscos símiles, de sus odas grandilocuentes, de su vasta y fogosa expresión, que deshacía de un soplo los moldes discretos y proporcionados que estaban en boga".

"La antítesis centelleante y la imaginación deslumbradora y el tropo titánico, entraron con las odas de Justo Sierra, con esas silvas que chispean como hierro batido en yunque, con esos endecasílabos y heptasílabos de bronce, con ese filosofar trascendentalista, un poco misterioso, un poco sibilino, que hace de la poesía un canto profético".

E igual que en México el fenómeno se desarrolló en el resto de América, en Guatemala y las naciones centroamericanas como en Colombia, en Chile, en el Ecuador, doquiera. Rubén Darío, "padre y maestro mágico" del modernismo, no sólo lo rememoraba en aquellos versos famosos:

"Y esto paso en el reinado de Hugo,
Emperador de la barba florida",

sino que fué más allá en su pleitesía, ya que el libro que reveló su verdadera personalidad: *Azul*, lo ató como en un listón de color "oceánico y firmamental", al ampararlo en el apotegma huguiano: "L'art c'est l'azur".

Y en Cuba, en donde Francisco Xavier Foxá había reproducido la batalla de *Hernani* con el estreno de su drama "Don Pedro de Castilla", los poetas imitaban, parafraseaban o se inspiraban en Hugo, desde la Gómez de Avellaneda a Francisco y Antonio Sellén, hasta culminar con el libertador Martí, que habiendo sido presentado a Víctor Hugo en Francia por Auguste Vacquerie, tradujo y publicó en México el libro *Mes fils* (Mis hijos). Martí —dice Iduarte— desde muchacho leyó a Hugo. Conservó siempre su amor por él, y está en la primera fila de sus inspiradores. Le importaba más como símbolo de una nueva era que como escritor o poeta: "Es admirable Víctor Hugo: morirán sus dramas, hijos regiamente monstruosos de una vo-

3 sonetos

de *Claribel ALEGRIA*

(En *Rep. Amer.*)

I

¿De qué lejana y encendida altura
bajó el amor hasta tocar mi puerta?
Surgió desnudo entre la sombra yerta
y amaneció en mis labios su dulzura.

Su palabra cuajada de ternura
es en mi sangre tibia flor abierta.
Arcángel que en mis venas se despierta
y borra de mi voz toda amargura.

Atada estoy al mástil de su nave
por la húmeda caricia de hondos lazos.
Al filo de su voz salta la llave

que guardaba la angustia de mi verso.
Por él arrullo al mundo entre mis brazos
y aspiro en una rosa el universo.

II

Celebremos Amor esta alegría
de asomarnos los dos a la ventana
y oír al mismo tiempo la campana
que anuncia con su canto un nuevo día.

Todo nace otra vez en armonía
con la primera luz de la mañana.
A pesar de sentirme tan humana.
hay algo de celeste en mi alegría.

Abre mi corazón, ahí la sombra
sus nocturnos propósitos anida
en un rincón que la tristeza escombra.

Pero míralo bien. Llega hasta el fondo
en un remanso oculto de tan hondo
se aclara el arroyuelo de mi vida.

III

Amo tu condición de hombre sereno
y ese gesto que llevas escondido
en una zona oculta del sentido
como llevó su llanto el Nazareno.

Es un humilde gesto de hombre bueno
que llena de jilgueros el olvido.
Vence mi corazón escarnecido
y transforma en amor todo veneno.

A veces se te pierde y no se asoma
a iluminar tu rostro con su aroma
de clara serranía o de campana.

Yo lo puedo atisbar con alegría
cuando en tus ojos su temblor me espía
y nacen rosas de mi sombra humana

México, D. F., 1952.

luntad osada, pero no morirán sus soberbias hipérboles, sus magníficos anatemas, sus proféticos arrebatos, sus sobrehumanas concepciones de las viejas y portentosas teogonías..."

A su vez en Santo Domingo, la juventud literaria tenía el evangelio huguiano como guía de sus entusiasmos y en el periódico y la tribuna, la gran sombra del lírida francés se proyectaba ampliamente. Apolinar Tejera lo parafraseaba gallardamente y Eugenio Deschamps, el orador que ascendió a las más señeras cumbres de la elocuencia, no sólo se asemejaba al Hugo del destierro en sus flamígeras catilinarias a la tiranía, sino en la pompa de sus períodos y en la torrencial abundancia de sus tropos, mientras Américo Lugo, repujado estilista, si no ponía el gorro frigio al diccionario, de lo que se ufanaba Hugo, le daba a su prosa la rotundidad marmórea de las más tersas páginas huguianas.

Y en Puerto Rico, en esa islita de oro, de sol y de jade, de palmeras y de mar, también Hugo encuentra prosélitos desde Braschi, Corchado, Marín, Lola Rodríguez de Tió hasta el ínclito Hostos, Baldoristy y Negrón Sanjurjo.

Temerario resulta en una charla en que apenas se desflora tema tan vasto, hacer nómina detallada de poetas y novelistas hugianos, pero, por lo menos, para seguir la trayectoria de esa influencia en América, espigando solamente algunos nombres proceros, descendamos de las Antillas a Centroamérica, cuya fecundidad literaria es una de sus mejores preseas. Encontrémonos desde luego con el guatemalteco Batres Montúfar, el romántico autor del célebre madrigal "Yo pienso en ti", y a su zaga, a Salomé Gil, con su novela *Juan Chapín*, a Domingo Estrada, Joaquín Méndez, Máximo Soto Hall y Enrique Gómez Carrillo, que tantas deliciosas crónicas consagró a hablar de Hugo. En El Salvador se yerguen las figuras de Vicente Acosta, bardo doliente y alquitarado, del escultórico Francisco Gavidia, que paseó su ropón sérico de fakir por las florestas natías, y de José María y Román Mayorga Rivas. Todos, cual más cual menos, habían encendido sus lámparas y se habían inspirado en el "Víctor Hugo enfático", en el Víctor Hugo satírico, pensador y filósofo.

¿Y qué decir de su influencia en Honduras? Preguntadlo al ilustre poeta de "El Banquete", en cuyos plateados cabellos se han entretejido los délficos lauros del triunfo. El os dirá mejor que yo que desde que ondearon en América los gonfalones del romanticismo, todos los escritores hondureños saludaron con sus hosannas de júbilo al rápsoda de "Hojas de Otoño". El mismo, tradujo numerosos poemas de Hugo y, como era natural, cuando estuvo en París, Luis Andrés Zúñiga, reverente fué a la casa del genio para ver emocionado las reliquias de aquel domador de tempestades. "Yo, me ha dicho, y J. Antonio Domínguez y el divino Juan Ramón Molina, Julián López Pineda y Froylán Turcios y todos los escritores de mi generación y quizás hasta don José Cecilio del Valle y los mismos fundadores de la Universidad y de la Academia Hondureña de la Lengua, Soto, Robelo, Girón, Chirinos, Gómez, Vallejo, Membreño, Robles, Alvarado Guerrero, Padilla, Inestroza, Ramírez Fontecha, Ferrari, Matute Brito, Lazo, Céleo Arias y tantos más, nos movimos dentro de la influencia del magno poeta francés, cuyas obras dieron la pauta a nuestras elucubraciones".

¿A qué citar más nombres que el de Rubén Darío en Nicaragua? Ventura García Calderón lo expresó ya y con él lo afirman muchos otros: "Rubén Darío es un discípulo de Hugo". Y el propio aeda de "Prosas Profanas", como ya lo consignamos, se ufanó de ello hasta al titular su libro con una palabra sugerida por un verso de Hugo. Y en su casi testamento lírico de *Cantos de Vida y de Esperanza* ¿no dijo que había sido "con Hugo fuerte y con Verlaine ambiguo?"

En estas menciones rápidas, que hagan acto de presencia Aquileo J. Echeverría, Justo A. Facio y Roberto Brenes Mesén, de Costa Rica, para que saltando por montes y mares, lleguemos en nuestro vuelo de abeja hasta la tierra del Libertador Bolívar, y allí anotemos que si Calcaño recogió la herencia de Bello en Venezuela, en lo que a traducciones de Víctor Hugo se refiere y Soffia, en Chile, realizó magníficas versiones también, seguido en la modalidad romántica por Blest Gana, Barros Grez y Samuel Lillo, en Colombia, como siempre que se trata de manifestaciones poéticas, se dió y se ha dado proficua cosecha de traductores huguianos, desde Pombo, José Eusebio Caro y Arboleda a Fidel Cano, Torres, pasando por Londoño, Carlos Restrepo, Gutiérrez González, Guillermo Valencia y sobre todo Ismael Enrique Arciniegas, que ha hecho de la traducción un arte refinado de genuino artífice.

El Perú, por su parte, desde los buenos tiempos del insigne Corpancho, contó después con Ascensio, Palma, Salaverry, Amézaga y al fin con Santos Chocano, entre la pléyade que de cerca o de lejos fué imantada por el genio de Hugo. Ventura García Calderón ha proclamado en célebre polémica que debemos mucho a esa influencia en América y en su hermosísimo y lapidario ensayo, obra maestra de ironía y donosura de lenguaje y pensamiento, "Excusas a Víctor Hugo", exclamaba: "El mundo repercutía en él como en la montaña y la selva. Todavía sentimos crujir el alma bajo la ráfaga, e hinchada de negras cerrazones, va a llorar la de todos".

Como en su vecina y hermana, en El Ecuador, desde el cantor de Junín, Olmedo, que aunque neoclásico y quintanista es índice romántico, hasta la generación que tuvo sus más descollantes expositores en Antonin C. Toledo, en Mera, Dolores Ventimilla de Galicia, Numa Pompilio Llona, Miguel Angel Corral y Joaquín Fernández de Córdova, el soplo de Hugo animó toda la literatura de la época post-romántica, precursora del modernismo y otro tanto se realizó en los demás países sudamericanos, por ejemplo en el Brasil donde Víctor Hugo encontró el terreno fértil para fructificar opulentamente, como puede verse en las colecciones de *La Marmota* y *Niteroi*, revista esta última, que publicada en París, era el eco directo de cuanto concernía al movimiento literario de Francia y, por ende, al sumo pontífice del Romanticismo. En ese solar edénico donde el espíritu europeo se expandió con más afincamiento, los "condoreinos" y Goncalves Díaz, Barreto, Castro Alves, Ruy Barbosa, Fagundes Varella, Alencar, Martins Penna, enarbolaron las banderas románticas, agitadas por los vientos huguianos.

Antes de que en la Argentina resonara el olifante de Andrade, Echeverría, el autor de "La Cautiva", fué el precursor del romanticismo y después Rafael Obligado, Estanislao del Campo, Guido Spano, "Almafuerte" continuaron embrazando el mismo broquel literario. Y en Uruguay Magariños Cervantes y Acevedo Díaz y luego Pérez Petit —¿y por qué no el insigne Rodó?— impregnaron su pensamiento en la técnica y la "manera" de Hugo.

—

En este largo recorrido por los campos de la historia literaria de América, que seguramente os ha fatigado a pesar de mi afán por sintetizarlo lo más posible, aún haciendo penosas omisiones, habéis tal vez percibido cómo influyó el genio de Víctor Hugo en las letras iberoamericanas. Es claro que ello no se prueba sólo con citar nombres, pues había que examinar con detenimiento cómo se desenvolvió ese fenómeno y seguir paso a paso el proceso de esa influencia; pero la enumeración de las personalidades que en su actuación literaria se distinguieron como adeptos il victorhuguismo, evidencia por lo menos que en las letras continentales se registró ese influjo. Y si él en dicho sector de la cultura fué profundo y abarcó a la vez la poesía y la novelística, también se palpó en las costumbres y en ciertos aspectos de la sociedad de entonces, principalmente por la enorme popularidad de *Los Miserables*.

Esta obra colosal, "serie extraordinaria de cuadros maravillosos", como la califica un crítico, pasó de las manos de los grupos selectos a las del pueblo. Y sus personajes cobraron tanto predominio y se adentraron con tanta hondura en el alma multitudi-

mejaba a un visionario que entablaba diálogos con entes ultraterrenos, que lanzaba sus apóstrofes como un dios iracundo que despedaza bólidos o que —genio del monólogo según le llama Thibaudet— ofrecía ese monólogo como "el alimento y el imán de una muchedumbre, de las muchedumbres, de los pueblos, de los seres, de los vivos y de los muertos, del mismo Dios!"

Había pasado, como en el poema de Darío, "un hondo temblor por las vértebras enormes de los Andes" que era el temblor lírico de la influencia huguiana en las letras de Hispano-América. Y justamente en el riñón andino, al pie de las cumbres épicas empenachadas de nieves eternas, el ínclito Andrés Bello, que "fué en su tiempo, según Henríquez Ureña, el hombre de más vasta cultura del nuevo mundo", quitándose de los labios la zampoña clásica que enmielaron los frutos paradisíacos de la zona tórrida, tañía la férrea lira de Hugo y realizaba la magnífica e insuperable traducción de "La Oración por todos".

No tuvo Hugo mejor intérprete ni cauce más apropiado para llegar al corazón sensible de América. Su poema penetró en las escuelas y las bocas infantiles lo balbucearon por igual en las urbes populosas que en las más remotas aldeas y estremeció a la par el alma de los maestros y el alma de los niños y del uno al otro confín del continente desplegaron sus alas rociadas de lágrimas las estrofas de esa plegaria de profundo sabor humano como las alas de los pájaros se despliegan empapadas de rocío en las auroras mágicas de nuestras campiñas tropicales.

Pero como la voz de Hugo era polifónica, como tocaba "todo el registro de la vida" y recorría "todo el diapasón del alma", como

"siempre con igual éxito su numen
brota en odas, idilios y elegías;
y es que en él se completan y resumen
Píndaro, Anacreonte y Jeremías!...";

como había ya alcanzado la inmortalidad escalando las tres cumbres de la poesía lírica, del teatro y de la novela, todo hombre poseído en América del *"quid divinum"* de la literatura, rendía culto vehemente a quien estaba considerado sin contradicción como el escritor que llenaba el siglo XIX con la irradiación de su gloria, porque Hugo, según la frase martiana, estaba pegado a ese siglo como una mariposa; mariposa de alas fúlgidas, agregaremos nosotros, porque las había empapado en el polen lumíneo de las constelaciones.

Y por eso las corrientes literarias de América eran como ríos desprendidos del próvido venero huguiano, que en vez de aminorar su caudal parecía inexhausto y cada vez presentaba nuevos y más henchidos raudales.

Heredia, el cantor cubano del Niágara, que introdujo el romanticismo en México abrió las puertas a esa nueva modalidad literaria que originó "un vuelco en los espíritus", tal como había ya sucedido en el viejo mundo. Aquella impetuosa ola, que derrumbaba, iconoclasta, los valladares carcomidos del clasicismo, se expandió por nuestro "Continente de liras", porque "el espíritu, el ambiente, la época mostrábanse aquí propicios a aquella fiebre sentimental. La naturaleza, la sociedad, el alma eran a propósito —expresaba Luis G. Urbina— para recibir y difundir la nueva manifestación literaria", porque "poseíamos los elementos psíquicos; la expresión nos vino de fuera; la emoción la teníamos ya; era nuestra desde hacía muchos años". La teníamos, en efecto, en lo exorbitante de nuestro mismo medio geográfico, en su exuberancia prodigiosa, que nos habitúa a lo excesivo, a lo inconmensurable, a lo desproporcionado, a lo descomunal; y por ello la inspiración huguiana, encontró en nosotros una acogida de delirio colectivo, pues era arrolladora como las corrientes amazónicas, pasmosa como nuestras selvas vírgenes, rugiente como el Tequendama y el Niágara, y majestuosa como el Chimborazo y el Momotombo, al que invocara el propio Hugo en memorable poema: "Oh, vieux Momotombo, colosse chauve et nu".

Y así las legiones líricas americanas que acaudillara espiritualmente desde París o desde Guernesey el hombre que era el árbitro del mundo de la poesía, se amparaban bajo sus pendones y le seguían como coribantes fervorosos. Se traducían sus poemas, sus dramas y sus novelas, que servían de pauta a la producción indígena. En México todos los poetas y novelistas desde mediados del siglo pasado hasta los años finiseculares, en mayor o menor proporción, se movieron bajo la égida de Hugo, y Rodríguez Galván y Calderón e Isabel Prieto de Landázuri y Acuña, el bardo suicida que ante la interrogación huguiana de "oú va l'homme sur la terre?", halla nuevo incentivo a su acre escepticismo, o imprecaba a la sociedad que condenaba a las rameras, basándose indudablemente en el verso de Hugo: "Oh, n'insultez jamais une femme qui tombe!"; y el apasionado Flores y el exquisito Gutiérrez Nájera y el grandílocuo Justo Sierra y el tempestuoso Díaz Mirón y Fernando Orozco y Berra, Díaz Covarrubias, del Castillo, Payno y Altamirano, todos encendieron sus turíbulos en honor del autor de *El Hombre que Ríe*.

Justo Sierra fué quizás quien más de cerca siguió primero sus huellas, pues "arrastrado por Víctor Hugo —asienta el ya citado Urbina— aportaba a la poesía mexicana las visiones apocalípticas de sus tremendas metáforas, de sus bruscos símiles, de sus odas grandilocuentes, de su vasta y fogosa expresión, que deshacía de un soplo los moldes discretos y proporcionados que estaban en boga".

"La antítesis centelleante y la imaginación deslumbradora y el tropo titánico, entraron con las odas de Justo Sierra, con esas silvas que chisporrean como hierro batido en yunque, con esos endecasílabos y heptasílabos de bronce, con ese filosofar trascendentalista, un poco misterioso, un poco sibilino, que hace de la poesía un canto profético".

E igual que en México el fenómeno se desarrolló en el resto de América, en Guatemala y las naciones centroamericanas como en Colombia, en Chile, en el Ecuador, doquiera. Rubén Darío, "padre y maestro mágico" del modernismo, no sólo lo rememoraba en aquellos versos famosos:

"Y esto paso en el reinado de Hugo,
Emperador de la barba florida",

sino que fué más allá en su pleitesía, ya que el libro que reveló su verdadera personalidad: *Azul*, lo ató como en un listón de color "oceánico y firmamental", al ampararlo en el apotegma huguiano: "L'art c'est l'azur".

Y en Cuba, en donde Francisco Xavier Foxá había reproducido la batalla de *Hernani* con el estreno de su drama "Don Pedro de Castilla", los poetas imitaban, parafraseaban o se inspiraban en Hugo, desde la Gómez de Avellaneda a Francisco y Antonio Sellén, hasta culminar con el libertador Martí, que habiendo sido presentado a Víctor Hugo en Francia por Auguste Vacquerie, tradujo y publicó en México el libro *Mes fils* (Mis hijos). Martí —dice Iduarte— desde muchacho leyó a Hugo. Conservó siempre su amor por él, y está en la primera fila de sus inspiradores. Le importaba más como símbolo de una nueva era que como escritor o poeta: "Es admirable Víctor Hugo: morirán sus dramas, hijos regiamente monstruosos de una vo-

3 sonetos

de *Claribel ALEGRIA*

(En *Rep. Amer.*)

I

¿De qué lejana y encendida altura
bajó el amor hasta tocar mi puerta?
Surgió desnudo entre la sombra yerta
y amaneció en mis labios su dulzura.

Su palabra cuajada de ternura
es en mi sangre tibia flor abierta.
Arcángel que en mis venas se despierta
y borra de mi voz toda amargura.

Atada estoy al mástil de su nave
por la húmeda caricia de hondos lazos.
Al filo de su voz salta la llave

que guardaba la angustia de mi verso.
Por él arrullo al mundo entre mis brazos
y aspiro en una rosa el universo.

II

Celebremos Amor esta alegría
de asomarnos los dos a la ventana
y oír al mismo tiempo la campana
que anuncia con su canto un nuevo día.

Todo nace otra vez en armonía
con la primera luz de la mañana.
A pesar de sentirme tan humana.
hay algo de celeste en mi alegría.

Abre mi corazón, ahí la sombra
sus nocturnos propósitos anida
en un rincón que la tristeza escombra.

Pero míralo bien. Llega hasta el fondo
en un remanso oculto de tan hondo
se aclara el arroyuelo de mi vida.

III

Amo tu condición de hombre sereno
y ese gesto que llevas escondido
en una zona oculta del sentido
como llevó su llanto el Nazareno.

Es un humilde gesto de hombre bueno
que llena de jilgueros el olvido.
Vence mi corazón escarnecido
y transforma en amor todo veneno.

A veces se te pierde y no se asoma
a iluminar tu rostro con su aroma
de clara serranía o de campana.

Yo lo puedo atisbar con alegría
cuando en tus ojos su temblor me espía
y nacen rosas de mi sombra humana

México, D. F., 1952.

luntad osada, pero no morirán sus soberbias hipérboles, sus magníficos anatemas, sus proféticos arrebatos, sus sobrehumanas concepciones de las viejas y portentosas teogonías..."

A su vez en Santo Domingo, la juventud literaria tenía el evangelio huguiano como guía de sus entusiasmos y en el periódico y la tribuna, la gran sombra del lírida francés se proyectaba ampliamente. Apolinar Tejera lo parafraseaba gallardamente y Eugenio Deschamps, el orador que ascendió a las más señeras cumbres de la elocuencia, no sólo se asemejaba al Hugo del destierro en sus flamígeras catilinarias a la tiranía, sino en la pompa de sus períodos y en la torrencial abundancia de sus tropos, mientras Américo Lugo, repujado estilista, si no ponía el gorro frigio al diccionario, de lo que se ufanaba Hugo, le daba a su prosa la rotundidad marmórea de las más tersas páginas huguianas.

Y en Puerto Rico, en esa islita de oro, de sol y de jade, de palmeras y de mar, también Hugo encuentra prosélitos desde Braschi, Corchado, Marín, Lola Rodríguez de Tió hasta el ínclito Hostos, Baldoristy y Negrón Sanjurjo.

Temerario resulta en una charla en que apenas se desflora tema tan vasto, hacer nómina detallada de poetas y novelistas huguianos, pero, por lo menos, para seguir la trayectoria de esa influencia en América, espigando solamente algunos nombres proceros, descendamos de las Antillas a Centroamérica, cuya fecundidad literaria es una de sus mejores preseas. Encontrémonos desde luego con el guatemalteco Batres Montúfar, el romántico autor del célebre madrigal "Yo pienso en ti", y a su zaga, a Salomé Gil, con su novela *Juan Chapín*, a Domingo Estrada, Joaquín Méndez, Máximo Soto Hall y Enrique Gómez Carrillo, que tantas deliciosas crónicas consagró a hablar de Hugo. En El Salvador se yerguen las figuras de Vicente Acosta, bardo doliente y alquitarado, del escultórico Francisco Gavidia, que paseó su ropón sérico de fakir por las florestas natías, y de José María y Román Mayorga Rivas. Todos, cual más cual menos, habían encendido sus lám y se habían inspirado en el "Víctor Hugo enfático", en el Víctor Hugo satírico, pensador y filósofo.

¿Y qué decir de su influencia en Honduras? Preguntadlo al ilustre poeta de "El Banquete", en cuyos plateados cabellos se han entretejido los délficos lauros del triunfo. El os dirá mejor que yo que desde que ondearon en América los gonfalones del romanticismo, todos los escritores hondureños saludaron con sus hosannas de júbilo al rápsoda de "Hojas de Otoño". El mismo, tradujo numerosos poemas de Hugo y, como era natural, cuando estuvo en París, Luis Andrés Zúñiga, reverente fué a la casa del genio para ver emocionado las reliquias de aquel domador de tempestades. "Yo, me ha dicho, y J. Antonio Domínguez y el divino Juan Ramón Molina, Julián López Pineda y Froylán Turcios y todos los escritores de mi generación y quizás hasta don José Cecilio del Valle y los mismos fundadores de la Universidad y de la Academia Hondureña de la Lengua, Soto, Robelo, Girón, Chirinos, Gómez, Vallejo, Membreño, Robles, Alvarado Guerrero, Padilla, Inestroza, Ramírez Fontecha, Ferrari, Matute Brito, Lazo, Céleo Arias y tantos más, nos movimos dentro de la influencia del magno poeta francés, cuyas obras dieron la pauta a nuestras elucubraciones".

¿A qué citar más nombres que el de Rubén Darío en Nicaragua? Ventura García Calderón lo expresó ya y con él lo afirman muchos otros: "Rubén Darío es un discípulo de Hugo". Y el propio aeda de "Prosas Profanas", como ya lo consignamos, se ufanó de ello hasta al titular su libro con una palabra sugerida por un verso de Hugo. Y en su casi testamento lírico de *Cantos de Vida y de Esperanza* ¿no dijo que había sido "con Hugo fuerte y con Verlaine ambiguo?'

En estas menciones rápidas, que hagan acto de presencia Aquileo J. Echeverría, Justo A. Facio y Roberto Brenes Mesén, de Costa Rica, para que saltando por montes y mares, lleguemos en nuestro vuelo de abeja hasta la tierra del Libertador Bolívar, y allí anotemos que si Calcaño recogió la herencia de Bello en Venezuela, en lo que a traducciones de Víctor Hugo se refiere y Soffia, en Chile, realizó magníficas versiones también, seguido en la modalidad romántica por Blest Gana, Barros Grez y Samuel Lillo, en Colombia, como siempre que se trata de manifestaciones poéticas, se dió y se ha dado proficua cosecha de traductores huguianos, desde Pombo, José Eusebio Caro y Arboleda a Fidel Cano, Torres, pasando por Londoño, Carlos Restrepo, Gutiérrez González, Guillermo Valencia y sobre todo Ismael Enrique Arciniegas, que ha hecho de la traducción un arte refinado de genuino artífice.

El Perú, por su parte, desde los buenos tiempos del insigne Corpancho, contó después con Ascensio, Palma, Salaverry, Amézaga y al fin con Santos Chocano, entre la pléyade que de cerca o de lejos fué imantada por el genio de Hugo. Ventura García Calderón ha proclamado en célebre polémica que debemos mucho a esa influencia en América y en su hermosísimo y lapidario ensayo, obra maestra de ironía y donosura de lenguaje y pensamiento, "Excusas a Víctor Hugo", exclamaba: "El mundo repercutía en él como en la montaña y la selva. Todavía sentimos crujir el alma bajo la ráfaga, e hinchada de negras cerrazones, va a llorar la de todos".

Como en su vecina y hermana, en El Ecuador, desde el cantor de Junín, Olmedo, que aunque neoclásico y quintanista es índice romántico, hasta la generación que tuvo sus más descollantes expositores en Antonin C. Toledo, en Mera, Dolores Ventimilla de Galicia, Numa Pompilio Llona, Miguel Angel Corral y Joaquín Fernández de Córdova, el soplo de Hugo animó toda la literatura de la época post-romántica, precursora del modernismo y otro tanto se realizó en los demás países sudamericanos, por ejemplo en el Brasil donde Víctor Hugo encontró el terreno fértil para fructificar opulentamente, como puede verse en las colecciones de *La Marmota* y *Niteroi*, revista esta última, que publicada en París, era el eco directo de cuanto concernía al movimiento literario de Francia y, por ende, al sumo pontífice del Romanticismo. En ese solar edénico donde el espíritu europeo se expandió con más afincamiento, los "condoreinos" y Goncalves Díaz, Barreto, Castro Alves, Ruy Barbosa, Fagundes Varella, Alencar, Martins Penna, enarbolaron las banderas románticas, agitadas por los vientos huguianos.

Antes de que en la Argentina resonara el olifante de Andrade, Echeverría, el autor de "La Cautiva", fué el precursor del romanticismo y después Rafael Obligado, Estanislao del Campo, Guido Spano, "Almafuerte" continuaron embrazando el mismo broquel literario. Y en Uruguay Magariños Cervantes y Acevedo Díaz y luego Pérez Petit —¿y por qué no el insigne Rodó?— impregnaron su pensamiento en la técnica y la "manera" de Hugo.

—

En este largo recorrido por los campos de la historia literaria de América, que seguramente os ha fatigado a pesar de mi afán por sintetizarlo lo más posible, aún haciendo penosas omisiones, habéis tal vez percibido cómo influyó el genio de Víctor Hugo en las letras iberoamericanas. Es claro que ello no se prueba sólo con citar nombres, pues había que examinar con detenimiento cómo se desenvolvió ese fenómeno y seguir paso a paso el proceso de esa influencia; pero la enumeración de las personalidades que en su actuación literaria se distinguieron como adeptos el victorhuguismo, evidencia por lo menos que en las letras continentales se registró ese influjo. Y si él en dicho sector de la cultura fué profundo y abarcó a la vez la poesía y la novelística, también se palpó en las costumbres y en ciertos aspectos de la sociedad de entonces, principalmente por la enorme popularidad de *Los Miserables*.

Esta obra colosal, "serie extraordinaria de cuadros maravillosos", como la califica un crítico, pasó de las manos de los grupos selectos a las del pueblo. Y sus personajes cobraron tanto predominio y se adentraron con tanta hondura en el alma multitudi-

naria, que en el lenguaje familiar tomaron carta de naturalización los nombres de los personajes de la obra y llevaron el de Coseta muchas niñas y los niños se asimilaron a Gavroche y los funcionarios policíacos implacables ostentaron el alias de Javert. Aun en las tiendas se pusieron rótulos con nombres tomados de *Los Miserables* y los oradores de cualquier género hablaban de la "tempestad bajo un cráneo", de la angelical bondad de Monseñor Myriel, en español Monseñor Bienvenido, y cuanto hay de patético y de ensueño humanitario en esa obra maestra sirvió de inagotable cantera hasta a la misma elocuencia forense. No había casa, por más modesta que fuera en donde no hubiera penetrado ese libro o por lo menos una referencia de él y, aunque había caído bajo el "Index", aun en los hogares más herméticos se filtraba por una rendija un rayo de luz huguiana que iluminaba entonces al orbe entero como una prodigiosa aurora de bien, de belleza y de amor.

Señoras y señores: Si en la época en que el genio de Víctor Hugo esplendió en toda su fuerza, cada una de sus obras era como colosal peñasco que al caer en el seno de la sociedad coetánea del poeta producía sacudidas de terremoto; si con su personalidad llenaba todo un ciclo al grado de originar el reproche de Leconte de Lisle que dijo cuando aquél murió que "por fin se había desembarazado el ambiente", es incontestable que aún hoy, a pesar de todas las reacciones negativas y todos los intentos para oscurecer su gloria, ésta continúa irradiando poderosamente aún más allá de la muerte.

Francia se enorgullece de él y el mundo entero está a su lado en este sentimiento de admiración.

Al conmemorar el jubileo de su nacimiento, Francia rinde homenaje al genio greco-latino de que ella ha sido la heredera directa y la usufructuaria que ha sabido diseminar por todos los ámbitos de la tierra en inmortales obras maestras.

Al fallecer Hugo en 1885 su postrer verso fué este:

"C'est ici le combat du jour et
(de la nuit".

resumen admirable de su vida de campeón de todas las causas más nobles de la tierra.

Y para que sea de un francés de la generación actual el juicio que remate esta charla, repitamos con Thibaudet:

"Es pueril preguntarse si Hugo es o no el más grande poeta del idioma francés. Pero bien puede llamársele, en todos los sentidos de la palabra, el más grande fenómeno de nuestra literatura. Su situación presente sigue siendo probablemente, con la de Balzac (y por las mismas razones, su cualidad de portadores de mundos, su figura de atlantes, de pastores promontorios con sombrero de nubes) la más alta y la más sólida del siglo XIX".

Tegucigalpa, D. C.,
Honduras, C. A., agosto de 1952.

¡No hay pueblos extraños!

(En *Rep. Amer.*)

¡No hay pueblos extraños! El pensamiento y aun el sentimiento contrarios a esta sencilla verdad, es decir, la creencia en antagonismos e insalvables barreras espirituales, que tanta sangre y lágrimas ha costado a los hombres, es una de las taras con que el régimen capitalista ha marcado la mente humana, lo mismo que el nacionalismo hostil, que pone a los pueblos unos contra otros.

Entre los pueblos de la tierra ningunos más distintos y distantes que Costa Rica y China. Todo podría separarnos: la distancia, la tradición, las costumbres, la lengua; el hecho de ser Costa Rica uno de los países más pequeños del globo y China uno de los más grandes; el hecho de ser China uno de los más antiguos pueblos de la tierra y Costa Rica uno de los más nuevos. Y, sin embargo, desde nuestra llegada a Pekín, China nos ha abierto su corazón, sus brazos fraternales. La bella tierra inmensa ha sido nuestra, los generosos hijos de China nuestros hermanos, así, sin eufemismos. No se trata de la tradicional o proverbial cortesía china, no, es otra cosa. La cortesía huele a artificialidad, a impostura. Se trata de algo más profundo y espontáneo. Es un sentimiento caluroso, cordial, avasallador, diría, que nos envuelve, que satura todo y nos hace sentirnos parte de este inmenso mundo que es China, parte de sus pueblos innumerables!

Donde quiera que hemos ido, diría repitiendo la frase de Pablo Neruda al referirse a Norte América, hemos pisado Tierra Madre! En todas partes, el pueblo, abierta, generosamente, como un niño que muestra dichoso su juguete nuevo, quiere mostrarnos sus realizaciones, su vida maravillosamente superada en tres años. Y no mostrárnosla así, externamente, sino hacernos copartícipes de esa vida, de su triunfo y de su esperanza!

El nacionalismo hostil es una tara de la sociedad capitalista, que achica el pensamiento y cierra el corazón del hombre. El Amor a la Patria China (así, con mayúscula) es hondo, entrañable, desbordante, probado en todos los sacrificios, capaz de los grandes heroísmos, pero, como amor verdadero, es amplio, generoso, pronto a cubrir a todos los pueblos y a todos los hombres.

Y así, podemos decir que por doquiera hemos pasado, hemos sentido este caluroso y leal afecto, ¿qué decir de los jóvenes que nos acompañan? En ellos hemos conocido más hondamente, el espíritu de la China Nueva. Sus manos, sus mentes, sus corazones, están listos, preparados para la inmensa y hermosa tarea de construir el porvenir de su Patria y, con él, el del mundo. Pocas veces nos hemos sentido junto a seres humanos más nobles, más responsables, sencillos, inteligentes y alegres. Mirándolos hemos pensado en sus hermanos de nuestros países, dominados por el afán de lucro y de provecho personal. ¡Qué diferencia! Y todo estriba en que la juventud china tiene entre sus manos una gran obra a realizar, hombro a hombro con todo su pueblo, y nuestros jóvenes, en cambio, no saben por qué, ni para qué viven.

¡No hay pueblos extraños! La canción china dice: "Todos los pueblos del mundo tienen un solo corazón". Hemos sentido esas bellas palabras como una viviente realidad. Hemos sentido la hermandad de los pueblos en el amor de China por el trabajo creador, en su afán de cultura, en su legítimo orgullo de lo propio! El afán de cultura del pueblo chino es algo aleccionador. No hay en él distingos, pues si bien, como he dicho, el chino se enorgullece de lo propio, y con razón, abre sus sentidos y su mente para abarcar todos los conocimientos, toda la cultura. La cultura universal, pues aquí no se conoce otra, no se sabe de otra, no se inventan barreras para dividir (siempre dividir) la cultura en culturas orientales y occidentales. Nosotros que hemos vivido aquí, no hemos visto la diferencia y menos el antagonismo entre tales culturas, inventado y creado a diario por los imperialistas. Nos hemos sentido, sencillamente, en un ambiente de amor y respeto por el arte, por la ciencia, por todas las grandes realizaciones del espíritu humano. En un ambiente culto en el sentido universal.

¡Y qué lejos la guerra y toda intención guerrerista! Hay, ciertamente el gran movimiento popular de ayuda a Corea. Pelear por la liberación del país hermano es para los chinos, como pelear por la liberación de su propia tierra. Pero se quiere eso, la liberación de Corea, el cese de hostilidades en aquel suelo de mártires, a base de un acuerdo justo y decoroso. Se pide la evacuación de las tropas extranjeras, se denuncian los métodos inhumanos de lucha. Pero en ninguna parte se oye hablar de atacar al pueblo norteamericano con bombas atómicas ni de ninguna otra clase. Se quiere la Paz y la amistad con todos los pueblos.

Sí, es la Paz lo que alienta y reina aquí. Nosotros, Delegados de la Paz, hemos venido a ver cómo la legendaria paloma abre sus alas en las oscuras, afanosas manos del obrero y del campesino chinos; cómo tiembla en la sonrisa acogedora de sus niños y mujeres; cómo canta en la voz de sus juventudes, cómo vuela jubilosa sobre sus campos y fábricas, escuelas y universidades. Cómo se tiende hacia nosotros y hacia todos los pueblos y todos los hombres, significando que todos los pueblos son uno solo, que barreras y distancias son un mito, cuando se vive para crear y se crea para el bien de todos.

Adela de SAENZ.

Hanchow, 26 de agosto de 1952.

Noticia de libros

Indice y registro de los impresos que nos remiten los Autores, las Casas editoras y los Centros de Cultura.

En las últimas ediciones de la Editorial LOSADA (Alsina 1131. Buenos Aires):

Andrew Shirra Gibb: *Buscando la salud mental.* Una psicología sobre las ideas de Jung. Traducción directa de Felipe Jiménez de Asía. Un volumen pasta.

Helene Deutsch: *La Psicología de la mujer.* 2da. parte. Maternidad. Traducción de Felipe Jiménez de Asúa. Un volumen pasta.

(Ambos libros, en la sección *Psicología, Psiquiatría, Psicología*).

Ficción:

Alberto Moravia: *El amor conyugal* y otros cuentos. Traducción de Mario Albano.

Guido Piovene: *Los falsos redentores.* Traducción de Atilo Dabini.

Leonidas Barletta: *Historia de perros.*

(Gracias al autor y amigo por la atención de la dedicatoria).

Biografía:

Pablo Rojas Paz: *Echeverría, el pastor de soledades.*

(Gracias al autor por la atención de su dedicatoria).

Teatro:

Tennesee Williams: *Teatro*: Un tranvía llamado deseo. El zoológico de cristal. Verano y humo. Traducción de León Mirlas.

Jean Anouilh: *Teatro*: *Piezas negras* (El armiño. El salvaje. El viajero sin equipaje. Eurídice). Traducción de Aurora Bernárdez y Guillermo de Torre.

Estudios:

C. M. Bowra: *La herencia del simbolismo.* Traducción de Patricio Canto.

Estudios críticos de importancia sobre Paul Valery, R. M. Rilke, Stefan George, A. Blok y W. B. Yeats.

Poesía:

Angel Bonomoni: *Argumento del enamorado* y María Elena Walsh: *Baladas con Angel.*

(Gracias a los autores por la atención de la dedicatoria).

Los clásicos:

Quevedo: *Los sueños* (Incluye los cinco sueños de la primera edición de 1627 y *La hora de todos y la fortuna sin seso*).

Pedagogía:

Lorenzo Luzurriaga: *Historia de la Educación y de la Pedagogía.*

* * *

Los últimos 7 números de la conocida antología *Lírica Hispana*, en Caracas, de que son Directoras Conie Lobell y Jean Aristeguieta (Apartado de Correos número 355):

100.—Se celebra este número con una plana de poetas escogidos de Venezuela.

101.—Dedicado a Rabindranath Tagore.

102.—Versos inéditos de autores hispanoamericanos.

103.—Tiene el campo que merece la poetisa venezolana Mercedes Bermúdez de Belloso.

104.—Dedicado a cinco poetas de América: Juana de Ibarbourou, Clara Silva, Meira del Mar, Dora Isella Rusell y Jean Aristeguieta.

105.—Homenaje a Sor Juan Inés de la Cruz.

106.—Navidad de la Poesía. Diversos poetas de la América nuestra

*

Anuario Bibliográfico Peruano de 1947. Preparado bajo la dirección de Alberto Tauro. Lima. 1949.

*

Como valioso obsequio que mucho agradecemos de la CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA, Quito, Ecuador (Casilla 67):



Esta es la columna miliaria del *Repertorio Americano.*

En ella inscribimos los nombres de los suscritores y amigos que por años, hasta el final de sus días, lo recibieron, lo estimaron y colaboraron.

¡Promotores de Cultura fueron!

Benjamín Carrión: *El nuevo relato ecuatoriano.* Crítica y antología. Casa de la Cultura Ecuatoriana.

Jorge Carrera Andrade: *Poesía francesa contemporánea.* Editorial Casa de la Cultura Ecuatoriana. Quito. 1951.

Colección personal. Selección y traducción del autor.

Registra producciones de 55 poetas escogidos.

Generoso J. Carrera Andrade, y amigo, gracias.

Eduardo Kingman (en la Portada, Introducción y Notas): *Guía del Museo de Arte Colonial.*

Publicada por la dirección del Patrimonio Artístico Nacional. Editada por la Casa de la Cultura Ecuatoriana. Quito. Ecuador, 1951.

Leonidas García: *Panorama y Orientaciones de la Educación Ecuatoriana.* Ensayos pedagógicos. Casa de la Cultura Ecuatoriana. Quito. 1951.

Al autor lo presenta Luis F. Torres, tan autorizado. Y nos da gusto con el ejemplar que nos dedica y en que nos recuerda y estima. Gracias, mi amigo.

Jorge Carrera Andrade: *Lugar y origen.* Edit. Casa de la Cultura Ecuatoriana. Quito. 1951.

(*"Este es un libro que encierra toda la poesía desde mi segunda época, la del retorno al país original y a las fuentes elementales"*).

Enrique Garcés: *Isabel la Católica, Reina y Mujer.* Edit. Casa de la Cultura Ecuatoriana. 1951.

En homenaje al V Centenario de los nacimientos de Isabel de Castilla y Cristóbal Colón.

José de la Cuadra: *Los monos enloquecidos.* Con un estudio preliminar por Benjamín Carrión. Edit. Casa de la Cultura Ecuatoriana. Quito. 1951.

Y concluyamos diciendo que este valioso lote de libros ecuatorianos nos llega por recomendación o indicación de nuestro amigo y colaborador el poeta Jorge Adoum, en Quito. No sabe cómo le agradecemos esta consideración en que nos ha tenido.

Niños del mundo

(En el libro *Sonetos y otros poemas*, de *Diana NAVAS*. Caracas, Venezuela. 1950).

Al. Dr. *Rafael Angarita Arvelo*.

Niños del mundo,
niños negros, verdes, rojos, sombríos,
niños bellos, rubios, feos, sin palabras,
sin luz, o de torcida huella,
traigo para vosotros
un salmo ardiente:
el mensaje de la Tierra,
la del tostado fruto,
la del paso bruno y verdes alas:
madre, hija, amiga, hermana.

Niños,
por vosotros,
con vosotros,
sueña
la madre de las verdes alas,
con el trigo,
grano de savia,
madurado por vuestras manos,
porque, sabed:
la palabra,
—semlila-agua-tallo—
huyó de los hijos,
hoy mozos,
que perdieron el nombre de la madre: Tierra.

La pólvora, el metal, el fuego,
la borró de sus frentes;
el campo quedó solo,
melancólico, sin flautas de agua,
sin pájaros, sin juncos,
sin brumas, sin ángeles:
se muere.

En cada latido —magnolia sangrante—
se acerca más a la calavera,
a la sombra,
al regreso,
a la piedra.

Niños del mundo: hombre futuro,
no puede morir,
no debe morir,
en vuestras manos,
la fuerte madre del tostado fruto.
No quiere morir:
la calavera la espanta.

Vuestro tiempo
tras voces claras.
Vuestras manos —lámparas vigilantes—
traen agua limpia,
agua fresca,
libradle las férulas.

La voz del reencuentro suelta sus campanas,
oídlas: llegan, se acercan.

"Por vosotros,
por su santa huella,
por la paz del mundo,
volved a ella, reencontradla.

II

Alegre,
rrutal,
malva, ocre, rosa, blanca, roja, azul, fuego,
por sobre las estepas,
por el monte,
la tierra derramaba su aleluya: lluvias, verde, verde.
Multiplicadas soledades, campo madurado, pasto, bueyes,
flores, suavidades, frutos.
Vida mansa: la choza, el huerto, el grano,
el cántaro rojo,
mancebos, doncellas, niños.
Agua, luz, árboles.

La voz del aire fresca. Música de pájaros.
Derramadas bellezas en la canción telúrica:

—"Maíz,
arroz,
caña,
lirios,
juncos tiernos,
yerbajos,
rocío,
plantas todas,
pájaros, frutos,
corolas,
aromas,
guijarros
ríos,
aluviones, elementos todos de mi savia,
creced de mi planta a la imagen de Dios".

El maíz agitaba
alegres espadas
agudas
y curvadas
como el arco de agua de la fuente.

El cañaveral la almibarada alegría menta tierno
y plumas y lanzas.
Los arrozales de ronda,
la sedienta canción: agua, agua.
El campo,
libro de bondad, de paz,
se desbordaba fecundo, frutal,
alegre, ancho, bello.

*

Eolo, el de los cierzos negros,
husmeaba. Untó las fauces sediento.
La tierra era bella... Se alejó.

*

Y vino el hombre,
el hijo,
sombría la faz, extraviada.
Macerada la fe, negado el corazón;
madurada la sabiduría,
madurada la sed de odios,
de cráneos, de sangre, de muerte.

Devastó el árbol, el manso hermano.
Asoló el mundo. Azotó los pechos.

*

Hoy,
del regreso del tiempo,
del regreso del daño,
enarbola las mismas banderías: —Sangre.

¡Niños del mundo,
la luz de bondad, izada,
las voces limpias,
la mirada y manos altas,
salid, encontradle;
vuelve extraviado,
lavadle las lágrimas.
Dadle a beber
del agua de vuestras voces limpias.

Por vosotros,
con vosotros,
están
las madres del mundo,
libradles el llanto.

¡Por sus santas huellas, sed mansos!

Diana NAVAS.

Cama caliente... o fría...?

Por *Fernando León de VIVERO*

(En *Rep. Amer.* Envío del autor, en México, D. F.)

El dictador, en su despacho del viejo pálacio de Pizarro, trabajó prolijamente con el Ministro de Gobierno y Policía en la composición definitiva de la lista de candidatos a senadores y diputados que debían aparecer electos en los próximos comicios.

Entre los "ubicados" figura don Jorge Isaac Muñoz, mestizo cuya bronceada epidermis tira más a indio y mulato que a blanco, lo que nunca fué óbice para dejar constancia en las informaciones suministradas al Censo y a los Registros Militar y Electoral de su pretensa calidad etnológica: "Raza: blanca".

Compadre del dictador, improvisó cuantiosa fortuna. Auspició y controló juegos de envite, se benefició en gordas concesiones de carreteras y obras públicas y gravó —pro domo sua— a las desventuradas meretrices de Lima con diez soles diarios, si deseaban eludir el reglamentario examen médico semanal.

En la arbitraria distribución de canonjías, le tocó la representación senatorial por Huancavelica, departamento rico en minas y asiento de los yacimientos de cinabrio de Santa Bárbara que, explotados en el coloniaje, dieron fama a la región.

Como candidato impuesto —la credencial de representante en el bolsillo— no tenía otra carga que trasladarse a la capital de la respectiva circunscripción y llevar adelante la pantomima comicial. La forma debía cuidarse. El dictador jamás perdonaba errores. Temía la denuncia del periodismo continental. Y su honrilla sufría sobremanera si el ataque consignaba su desprecio a la voluntad ciudadana.

*

Don Jorge Isaac Muñoz, embarcóse en la estación de Desamparados, rumbo a Huancayo, donde una pintoresca comitiva de paisanos y parientes aguardábalo.

Allí, después de un viaje tranquilo, en el que el almuerzo se roció con "pisco", y ufano de que el "soroche" no lo cogiera, saludó campechano y festivo a los amigos de su estado mayor, prodigando estrechos y ruidosos abrazos.

El reaccionario peruano tórnase sólo liberal y afable en el fácil y gratuito repartir de abrazos y palmoteos en los momentos preelectorales. En ese caso, ¡qué sencillez!, ¡qué de amabilidades!, ¡qué de promesas¡... El oro y el moro...

En otras latitudes nadie lo supera, quizá lo iguale.

El fresco candidato huancavelicano, antes de proseguir el viaje, asistió al ágape que amigos y parientes le ofrecían alalimón.

Al día siguiente, montado en su mula parda, la bufanda de lana al cuello y suelto el fino poncho de vicuña, encaminóse a la cabeza del grupo y al través de las rugosas estribaciones andinas hacia Huancavelica.

La ruta se abría dura y escabrosa. El viento soplaba recio e implacable azotaba los rostros fofos. Don Jorge Isaac profería ajos y cebollas. Su ancha y mofletuda cara, como esos soles de papel que engalanan las fiestas chinas, padecía los crueles escozores del frío bajo cero. Cruzar los Andes, especialmente en esa región, demanda esfuerzos agobiantes a los que se acostumbraron a la vida muelle y poltrona de Lima. Es cierto que él, en sus mocedades remotas, transitó sobre estos mismos cerros prietos arreando vacas y llamas o vendiendo aguardiente a los indios en vetustos odres de cabra. Pero desde entonces, tanta nieve cayó y tantos años transcurrieron que ya las posaderas resiéntense del trote, saltos y corcovos de la mula.

Su compadre don Simeón Villavicencio —pudiente hacendado y ladino capitulero— en una de las primeras pascanas se dolía de la ventisca. Mas, don Jorge Isaac Muñoz, que alguna vez escuchara a su abogado limeño la frase de Enrique de Navarra, interrumpióle:

—Caro compadre, bien vale París una misa. Bien vale Huancavelica esta jineteada que zangolotea los riñones, los cuales con el picantito y la agitada vida político-social que arremolina, no andan muy bien que digamos.

Don Simeón, dibujando amplia y sensual sonrisa que descubría gruesos y descomunales colmillos de oro, contestó:

—Compadre, tiene usted todita la razón en su dialéctica inconcusa y, el viajecito, de todos modos, será regüeno porque le tengo una sorpresa de rompe y raja... De esas... de agárrate Catalina... Verá usted... Es pa lamerse y relamerse los labios... *Pa los ambos dos riñones* no hay como los viajes lejos de la familia y a pasto "cura de mujer". No hay riñón que se resista. Es farmacopea infalible. A los indios, cuando se me quejan de dolores en el cuerpo, pesadez en las piernas y flojedad en el estómago, tomo la palabra y arguyo: Récipe, so indios cabrones, no lo olviden... Antigripal y antigripal que la tienen en casa... baratita... el antigripal de la hembra. Así me lo aconsejó mi padre, que de Dios goza, y así lo aconsejo a toditita mi prole. Y del viejo, compadrito, el consejo...

Al cabo de los días de penoso trote, la cabalgata acampa en la hacienda de don Simeón, a una legua larga de Huancavelica. El candidato pernoctará dos noches. Requiere del reposo en blanda cama. Libre de fatigas y aflicciones entrará lozano a la capital, entre arcos de flores y ramas de molle, repiques de sonoras campanas, estallar de bombardas y cohetes tronadores, asistencia oficial nutrida y rala banda de "cachimbos".

En la noche, don Simeón echó la casa por la ventana. Ofreció al compadre opípara cena. Fiel éste a su reputación de tragaldabas, engulló la minuta íntegra: chupe serrano, conejo chactado, picante de cuyes, chicharrones en salsa de ají, carapulca, papitas a la brasa, choclos tiernitos, charqui con queso de Laramate y mazamorra de chuño. Entre plato y plato gustaba paladear un vinito agridulce de los Padres Redentoristas que la cocinera Ña Peta cristianó en forma desmedida. A golpe de once y media, el candidato despidióse de los amigos, dirigiéndose con el anfitrión al dormitorio.

—Bueno, compadre, exclamó éste, mientras frotaba sus toscas manos cuadradas llenas de anillos, ¿qué tal se siente su señoría?... porque quiero preguntarle una cosa...

—Me siento, compadre, requetebien... como las propias rosas. Con la comilona estoy nuevito. El cansancio voló, los calambres huyeron y las articulaciones juegan en aceite. Además, siéntome arrecho... Pregunte no más, que estoy llano a responder y servirlo...

—No, compadrito. Ahorita no me va a servir. Me servirá y bien, luego que ganemos las elecciones. Ahoritita, sólo quiero que responda: ¿quiere la cama caliente... o fría...?

—Pues, qué pregunta, compadre... caliente, porque este frío maldito llega a los huesos y ya sabe usted que a mi edad hay que calentar la carne.

—Magnífico, compadrito. Le calentaremos la cama. Será de órdago... Aguarde y prepárese...

Don Simeón, abandona presto el dormitorio. A grito pelado imparte órdenes. Su vozarrón hiere el silencio hosco de la noche. Los pongos apretujan sobresaltos y temores. Instantes más tarde, regresa. A rastras lleva una muchacha primorosa, de mirada triste como la cordillera y senos erectos como la pitihaya. A la infeliz indiecita, el caporal la arrancó de los padres —sumisos pongos de la hacienda— para calentar la cama del candidato.

—Aquí tiene, compadre, la botella caliente... Destápela sin recelo y gócela de un tirón. Los labios son pulpa de chirimoya y su carne parece corazón de sandía. Sabe a mollar de mango. ¡Y qué rica es la fruta en las alturas, cerca de picachos y cresterías...! Purita almíbar...

La muchacha, apuesta y limpia, no habla castellano. Su lengua es el quechua, lengua de sus mayores y del Inkario. No entiende una palabra del diálogo ruin. En el fondo tranquilo de su alma huraña, tal vez adivina la escena, olfatea el peligro. Mira azorada. Humilde y huérfana de amparo, clava los ojos claros en el suelo. El corazón le late arrítmico. La lliclla multicolor y graciosa que cubre el robusto pecho, sube y baja al impulso estrujante de angustias y conturbaciones.

Muñoz chasquea la viscosa lengua. La brutal pasión humedece sus ojos aviesos e irreprimible y sin disimular el acezo que lo quebranta, manifiesta:

—Pues, compadre, váyase... y rápido... que tengo mucho frío y deseo calentarme. Tras la tragadera... la "cura de mujer". ¡Formidable!...

Don Simeón, cínico, inmoral, lascivo, mueve los ojillos de víbora y a tranco largo se retira de la recámara. La imaginación senil, la comida, el vinillo, lo impulsan a buscar su habitación... El también tendrá cama caliente...

Las espesas sombras de la noche y el frenético ladrar de los perros hambrientos no apagan los clamores y llantos de la india virgen sacrificada al cacique servil del dictador.

Tránsito de Alma Fiori

Por *Alberto REMBAO*

(En *Rep. Amer.*)



Victoria Bertrand
(*Alma-Fiori*)

(En 1934)

Alma de los ojos verdes, poetisa laureada de Honduras ya se fué y nos dejó muy a pesar suyo la que quería "seguir andando y no llegar jamás..." Ni vale pedirle al Señor que la acoja en su seno de alta poesía porque ya la vemos acurrucada ahí muy amorosa en la Herida del que por nos pecadores padeció en Judea... *Intra vulnera tua*... Se dijera que se dió el lujo de morir en México para andar en ello a la vera de Sor Juana... La "Toyita" Bertrand que se fué era entre árcades *Alma Fiori*, autora de "Nómada" y "Canciones del Camino" y otro libro de poesías recopiladas que estaba preparando en México cuando la madrina negra le tocó el hombro... La nueva llegó de repente por gracia de Julieta Carrera de lo que pasó el cuatro de septiembre en lo muy alto de Tenochtitlán ahí donde el aire más diáfano de la creación se lleva a la pisa quedito a los que sufren del corazón, máxime si no son de ahí... Victoria la ojiverde no pudo con la presión y a pesar de la estricnina y otros reactivos se fué como Gutiérrez Nájera en el Adiós de Amado Nervo... *ave ritmo perfume luz que encanta el cariño a perderos se rebela y entre Dios y vosotros se levanta mas os vais como todo lo que canta os perdéis como todo lo que vuela*... Era hija mayor del Presidente Bertrand enviada muy tierna a Nueva Orleans al colegio del Sagrado Corazón de las monjitas francesas y corriendo los años vino a dar a Nueva York y a la oficina de un servidor, pues que fué ella su primera secretaria en la Urbe Máxima y él su primer jefe de quehacer periodístico y aun literario... Un servidor le enseñó a la poetisa las disciplinas prácticas de la lectura de pruebas y el manejo de las máquinas de multiplicar cuartillas y lo hizo tan bien que antes de mucho ya andaba Victoria de redactora de revistas en español primero y en inglés últimamente...

No hay derecho, Dios mío, de morirse uno con la obra incompleta todavía, ni tampoco de irse a la carrera con las planas del nuevo libro sin corregir todavía y en medio del asueto merecido tras de penoso trajín de reportera, volando de país en país en la costura de números especiales de revista, en antesalas de señores presidentes y "premiers"... Máxime cuando uno ahora se queda con el resabio de la culpa de no haberla visto recientemente por estar disgustados, según ella se lo explicaba a Rafael Heliodoro Valle, conterráneo de Olancho, también diciéndole: "Alberto y yo nos queremos mucho, pero no nos hablamos", dando a entender que hay cariños capaces de sobrellevar la camorra y suavizar el enojo... Enojo del sermoneo del hermano mayor exigente que vió siempre mal el desgaste o desperdicio del genio natural de aquella muchacha nacida para poeta, que por motivos de circunstancias y otros motivos, nunca alcanzó la cumbre a que estaba destinada la muy "haragana que en el curso de quince meses no hace más que doce sonetos..." Lo que no dejaba de tener efecto, pues que a la siguiente pugna telefónica se defendía con una oda, "La postrera eclosión de mi lirismo"...

De donde las monjitas de Louisiana se trajo Alma Fiori una cierta disciplina de unción estética que por un lado le sirvió de ingrediente a su poesía y por el otro vino a desembocar en mística oriental de la promoción de Krishnamurti, pues hubo tiempo en que se tenía por discípula del hindú... Por ahí en Honduras y Nicaragua y El Salvador parece que ha enraizado entre intelectuales la sagrada Teosofía que Maximiliano Martínez practicaba cuando menos en lo ideal... La teosofía y Maximiliano fueron motivos de choque cuando ella lo defendía con calor de lealtad que no investiga y que es fiel porque sí, pues que al mencionado se le acusaba de tirano por sus represiones de sangre y fuego... Así de leal era Toyita Bertrand, así siempre de buena y siempre tierna y siempre suave la "Toyita verde" que se le decía por el motivo de varios de sus sonetos de un verde de Honduras, que nada tiene que ver con el clásico gitano de Granada...

Lo oriental del Krishna no aparece empero en la poesía de la Bertrand, cuya lira se va más bien por lo erótico dolorido o si no por lo panteísta occidental helénico... Desde este rincón lo que más gusta es lo de la adolescencia y la primera juventud colegial de cuya época será *Nómada* que dice "tengo un alma de nómada con la ilusión de andar/ por el lejano mundo. Siempre hay en mis cantares/ amor por lo distante y anhelos de volar..." En torno a este nomadismo estético se rompió más de una lanza al predicarle como a hereje el imperativo de la aplicación y la disciplina que se imponen en todo arte de altura y se le decía que escribiera más como *Nómada* y menos como un "Me estoy enamorando, lo presiento..." inspirados por los ojos azules y los rulos de oro de cierto banquero de Wall Street...

Lo que hubiera sido Victoria Bertrand en el orbe de las letras caso de haber cuidado con devoción su llama inicial no se sabrá ya máxime cuando en la última década había dado en la flor de cultivar el inglés popular, con lo que cayó en el departamento latinoamericano de la revista *United Nations World*... A la medida del consejo y del deseo sin embargo, aquí uno quiere creer que la hondureña querida se había ido a México a recomenzar con sus viejas vocaciones que son amores inolvidables, dándole la espalda al periodismo y a Shakespeare... Quién habrá de auscultar los motivos de la altura del Valle de Verde de Tenochtitlán la excelsa que le rompió el corazón de jade al Alma neoyorquina cual si para realzarle sus líneas aquellas de su Honduras natal que se leen en "El pinar":

Los pinos me rodean, respiro un aire puro,
me olvido del pasado, no pienso en el (futuro,
y solamente vivo minutos de ilusión
en que mi alma penetra al valle del olvido,
no sé si tuve un sueño, no sé si lo he (perdido,
ni sé... ¡oh sabio instante!, si tengo (corazón...

Así se fué Alma Fiori la que no quiso detenerse ni definirse sino

ser admirada, deseada, y luego irme
como la primavera, siempre bella y fugaz,
toda aroma y ensueño, toda luz y armonía,
dejando algún recuerdo, perfume de poesía...
Seguir, seguir andando y no llegar jamás...

Pues bien muy amada de los dioses que te llevan presto en trances como aqueste, no cabe decir adiós porque está el que se queda ya con el hasta luego en la entraña casi rota...

Nueva York, N. Y., 1952.

"El Juicio Final", de Genta

Por *Lorenzo VIVES*

(En *Rep. Amer.*)

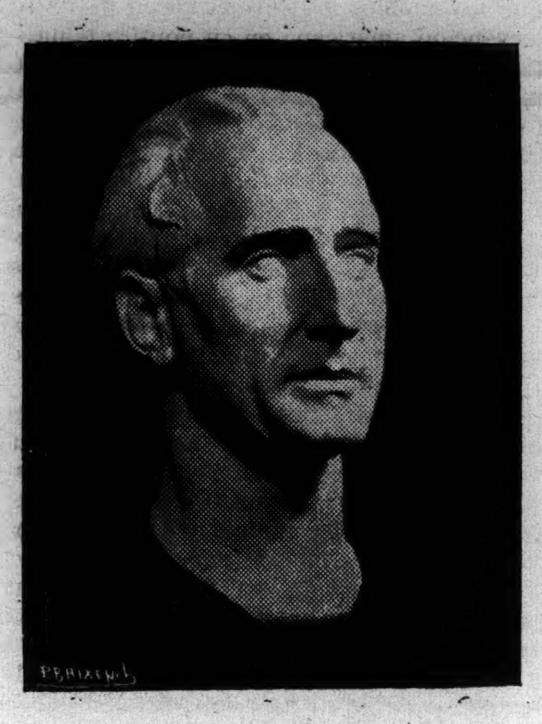
Ya lo del Padre pasó, y lo del Hijo agoniza para dar paso al reino del Verbo. Los tres continentes se aprestaron para la epopeya respectiva. Asia, donó paisaje y cielo a la primera Manifestación Divina; Europa, donó su sangre en las luchas por la imposición de la segunda Manifestación; América, está lista para recibir la tercera, que es la entrega amorosa del Verbo.

Ved, si no, los cantos anhelosos de amor de sus hijos, hechos poetas. Los Atlantes quedáronse en los abismos para que los pregoneros de la paz lleven a término su cometido. Cuando la hora hubo sonado, las columnas que indicaban el "no más allá", cayéronse para que el paso fuera libre y el hombre alcanzara la nueva tierra de promisión. Ya preparada, lista está, pues, para recibir la postrer donación Divina. Las espadas apocalípticas salieron de aquí y en su propio terreno, vencieron al instigador de los Cuatro Jinetes. En el presente, las Cuatro Bestias amenazan al mundo, mas son las legiones de América que las detienen, en tono de alerta, por si hay que matarlas para siempre.

La Razón, halló aquí, ambiente propicio y, lentamente, prepara la égida del Gran Reinado en el que el hombre hallará la paz y el derecho. Hasta los contrincantes en las cosas de la religión, muéstranse más humanos, más comprensibles, más hermanos. La absorción de las nacionalidades por la verdadera nación, es aquí que camina por rutas trilladas tiempo ha: que no fueron vanos los intentos de humanización de los próceres de todo su término. Y si unos se lanzaron en pro de la libertad, los otros sintiéronse tocados de la gracia del Verbo, y en cantos excelsos expresaron sus ansias de dominio espiritual, y así, como recogiendo el hálito celeste, cantan los del norte, y repiten los del centro y esplenden los del sur. Walt Whitmann le habla a Darío y éste a todos los de acá y los de allá. Y, ¿no fué el más precioso preludio el de Inés de la Cruz? Y el canto interior sigue y sigue; pero aumentado en cantidad e intensidad. Que los cantores son conscientes del papel de América en el mundo, y no paran en sus ansias de loarla.

Hoy, hemos de dedicar nuestro amoroso refugio a un aristócrata poeta del Uruguay. Desde allá, ensalza las glorias pretéritas y futuras del continente. Y no las humanas, sino las telúricas, ya que éstas conforman las otras. La fisonomía ambiental es propia, y propios han de ser los productos del connubio de lo ecológico y lo biológico. Así, los héroes son hijos de la unión de ambos elementos poderosos. Así lo comprende nuestro magnífico poeta que acaba de honrarnos, al tomar motivos universales en los que ambos formadores juegan papel preponderante. Edgardo Ubaldo Genta, nació poeta, y su pupila, al recibir los primeros efluvios de luz, sintió la presencia de lo bello en la vida y, estorbándole la palabra fácil y la expresión casera, abrió oídos internos al léxico del alma, y logró formar el lenguaje que requiere la belleza cuando de manifestarse se trata. El magnífico poema que ahora nos ocupa es el *Juicio Final*.

Genta, exige para marco de la epopeya, el paisaje americano. Sus volcanes que parece que quieren escupir al cielo, son ele-



Edgardo Ubaldo Genta
Por *Edmundo Prati*
(1952)

mento muy adecuado para dar óptima visión al lector. Las ciudades del altiplano sureño, escondidas en los abruptos recodos de los Andes, adecuados escenarios para acciones secundarias, y la índole del significado espacial y temporal de América, muy a propósito al epílogo que el autor, en un arranque de bondad, pone al drama.

Sus versos, valientes y exactos, son felices expresiones de la voluntad del autor del Apocalipsis, y la del poeta uruguayo. Decimos exactos, porque manifiestan con espontaneidad la trama de la obra. Sólo un gran poeta puede lograr con felicidad el fin propuesto al enfocar una epopeya de la envergadura de la soslayada por el teólogo de Patmos. Y Genta consigue su objeto fácil y plenamente. Y no es que desde el principio él supiera las peripecias de la jornada, pues al comienzo bien lo dice:

"Rieron los profetas de mi razonamiento
fruto de la ignorancia, la duda, el
[desencanto.
Escribe —me dijeron— y sabrás del
[portento
con el andar del canto".

Las figuras son, casi siempre, precisas imágenes de la realidad.

Refiriéndose al volcán Cotopaxi, testigo de la acción, dice:

"Suspendido en el borde del infinito cauce
donde la eternidad rueda con el instante
hacia el abismo hipnótico, vertical,
[insondable,
un pueblo de hombres puros de ineásico
[linaje
por la vistosa trama de piedras, surcos y
[árboles,
semeja un indio poncho, que baja con
[donaire
desde los hombros gélidos tallados en
[diamante
a las inverosímiles cinturas de los valles".

Al referirse a la nueva Babilonia, ciudad de acero y cemento, génesis de la atómica, expresa:

"Es la imponente Urbe, la que domina
[un Orbe,
donde todo es la máquina, donde nadie
[es el Hombre!"

Y, he aquí los caracteres de la vida falsa actual:

"Política sin ética,
riqueza sin trabajo,
placeres sin amor,
familia sin hermanos,
cultura sin espíritu,
ciencia sin fondo humano,
religión sin martirio,
vida sin entusiasmo..."

Y cuando el sátiro todopoderoso pregunta a Iridio quién gobierna al mundo, éste hijo de la luz, le responde:

"LA RAZON, excelencia".

Para que la hora llegue, es necesario, según el profeta y el autor del libro, que impere la religión del dios Superestado.

Hay pasajes que nos recuerdan a Darío, el del *Coloquio de los Centauros*. Por ejemplo:

"Ni morir es el fin, ni nacer el principio
Pero la clave máxima, pasmosa del prodigio
sólo dos genios guardan: Vanadio y yo,
[Filpio".

Y el hombre de ciencia, otra vez insiste:

"Es la Razón mi dios, máximo, único".

El infernal todopoderoso, machaca con su bestialidad, oponiendo:

"Dos escalas opuestas logran el Absoluto:
la "Visio-demoníaca", el infernal conjuro,
y el éxtasis..."

El amor ha de ser agente directo de la vida, pues:

"Donde falta el Amor, parece que la Vida
con ansiedad de un Génesis desesperada
[grita
América era informe, desolada y vacía".

Y otra vez su oportuno pintar:

"Todos los astros que fulgen son las
[divinas ideas".

El paisaje americano lo circunda todo:

"Mira Arcángel Miguel, mira!
Es la boca del infierno!
Es la más profunda sima
del señor de los volcanes de la América".

La ley de la Justicia Eterna enmarcada en la Eternidad, sale a dar señal de vida cuando Elías le dice a Satán:

"Yo no puedo morir nunca: soy el Libro
[y el Escudo
de la Ley..."

(*Concluye en la pág.* 381)

Tránsito de Alma Fiori

Por *Alberto REMBAO*

(En *Rep. Amer.*)



Victoria Bertrand
(*Alma-Fiori*)

(En 1934)

Alma de los ojos verdes, poetisa laureada de Honduras ya se fué y nos dejó muy a pesar suyo la que qería "seguir andando y no llegar jamás..." Ni vale pedirle al Señor que la acoja en su seno de alta poesía porque ya la vemos acurrucada ahí muy amorosa en la Herida del que por nos pecadores padeció en Judea... *Intra vulnera tua...* Se dijera que se dió el lujo de morir en México para andar en ello a la vera de Sor Juana... La "Toyita" Bertrand que se fué era entre árcades *Alma Fiori*, autora de "Nómada" y "Canciones del Camino" y otro libro de poesías recopiladas que estaba preparando en México cuando la madrina negra le tocó el hombro... La nueva llegó de repente por gracia de Julieta Carrera de lo que pasó el cuatro de septiembre en lo muy alto de Tenochtitlán ahí donde el aire más diáfano de la creación se lleva a la pisa quedito a los que sufren del corazón, máxime si no son de ahí... Victoria la ojiverde no pudo con la presión y a pesar de la estricnina y otros reactivos se fué como Gutiérrez Nájera en el Adiós de Amado Nervo... *ave ritmo perfume luz que encanta el cariño a perderos se rebela y entre Dios y vosotros se levanta mas os vais como todo lo que canta os perdéis como todo lo que vuela...* Era hija mayor del Presidente Bertrand enviada muy tierna a Nueva Orleans al colegio del Sagrado Corazón de las monjitas francesas y corriendo los años vino a dar a Nueva York y a la oficina de un servidor, pues que fué ella su primera secretaria en la Urbe Máxima y él su primer jefe de quehacer periodístico y aun literario... Un servidor le enseñó a la poetisa las disciplinas prácticas de la lectura de pruebas y el manejo de las máquinas de multiplicar cuartillas y lo hizo tan bien que antes de mucho ya andaba Victoria de redactora de revistas en español primero y en inglés últimamente...

No hay derecho, Dios mío, de morirse uno con la obra incompleta todavía, ni tampoco de irse a la carrera con las planas del nuevo libro sin corregir todavía y en medio del asueto merecido tras de penoso trajín de reportera, volando de país en país en la costura de números especiales de revista, en antesalas de señores presidentes y "premiers"... Máxime cuando uno ahora se queda con el resabio de la culpa de no haberla visto recientemente por estar disgustados, según ella se lo explicaba a Rafael Heliodoro Valle, conterráneo de Olancho, también diciéndole: "Alberto y yo nos queremos mucho, pero no nos hablamos", dando a entender que hay cariños capaces de sobrellevar la camorra y suavizar el enojo... Enojo del sermoneo del hermano mayor exigente que vió siempre mal el desgaste o desperdicio del genio natural de aquella muchacha nacida para poeta, que por motivos de circunstancias y otros motivos, nunca alcanzó la cumbre a que estaba destinada la muy "haragana que en el curso de quince meses no hace más que doce sonetos..." Lo que no dejaba de tener efecto, pues que a la siguiente pugna telefónica se defendía con una oda, "La postrera eclosión de mi lirismo"...

De donde las monjitas de Louisiana se trajo Alma Fiori una cierta disciplina de unción estética que por un lado le sirvió de ingrediente a su poesía y por el otro vino a desembocar en mística oriental de la promoción de Krishnamurti, pues hubo tiempo en que se tenía por discípula del hindú... Por ahí en Honduras y Nicaragua y El Salvador parece que ha enraizado entre intelectuales la sagrada Teosofía que Maximiliano Martínez practicaba cuando menos en lo ideal... La teosofía y Maximiliano fueron motivos de choque cuando ella lo defendía con calor de lealtad que no investiga y que es fiel porque sí, pues que al mencionado se le acusaba de tirano por sus represiones de sangre y fuego... Así de leal era Toyita Bertrand, así siempre de buena y siempre tierna y siempre suave la "Toyita verde" que se le decía por el motivo de varios de sus sonetos de un verde de Honduras, que nada tiene que ver con el clásico gitano de Granada...

Lo oriental del Krishna no aparece empero en la poesía de la Bertrand, cuya lira se va más bien por lo erótico dolorido o si no por lo panteísta occidental helénico... Desde este rincón lo que más gusta es lo de la adolescencia y la primera juventud colegial de cuya época será *Nómada* que dice "tengo un alma de nómada con la ilusión de andar/ por el lejano mundo. Siempre hay en mis cantares/ amor por lo distante y anhelos de volar..." En torno a este nomadismo estético se rompió más de una lanza al predicarle como a hereje el imperativo de la aplicación y la disciplina que se imponen en todo arte de altura y se le decía que escribiera más como *Nómada* y menos como un "Me estoy enamorando, lo presiento..." inspirados por los ojos azules y los rulos de oro de cierto banquero de Wall Street...

Lo que hubiera sido Victoria Bertrand en el orbe de las letras caso de haber cuidado con devoción su llama inicial no se sabrá ya máxime cuando en la última década había dado en la flor de cultivar el inglés popular, con lo que cayó en el departamento latinoamericano de la revista *United Nations World*... A la medida del consejo y del deseo sin embargo, aquí uno quiere creer que la hondureña querida se había ido a México a recomenzar con sus viejas vocaciones que son amores inolvidables, dándole la espalda al periodismo y a Shakespeare... Quién habrá de auscultar los motivos de la altura del Valle de Verde de Tenochtitlán la excelsa que le rompió el corazón de jade al Alma neoyorquina cual si para realzarle sus líneas aquellas de su Honduras natal que se leen en "El pinar":

Los pinos me rodean, respiro un aire puro,
me olvido del pasado, no pienso en el futuro,
y solamente vivo minutos de ilusión
en que mi alma penetra al valle del olvido,
no sé si tuve un sueño, no sé si lo he perdido,
ni sé... ¡oh sabio instante!, si tengo corazón...

Así se fué Alma Fiori la que no quiso detenerse ni definirse sino

ser admirada, deseada, y luego irme
como la primavera, siempre bella y fugaz,
toda aroma y ensueño, toda luz y armonía,
dejando algún recuerdo, perfume de poesía...
Seguir, seguir andando y no llegar jamás...

Pues bien muy amada de los dioses que te llevan presto en trances como aqueste, no cabe decir adiós porque está el que se queda ya con el hasta luego en la entraña casi rota...

Nueva York, N. Y., 1952.

"El Juicio Final", de Genta

Por *Lorenzo VIVES*

(En *Rep. Amer.*)

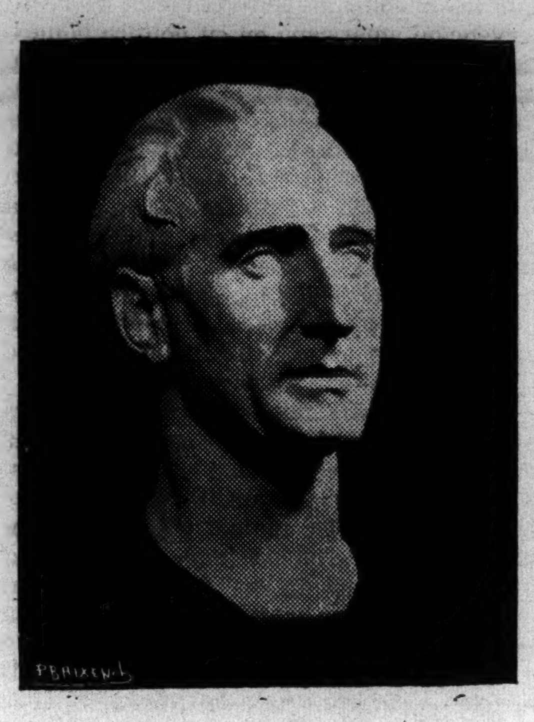
Ya lo del Padre pasó, y lo del Hijo agoniza para dar paso al reino del Verbo. Los tres continentes se aprestaron para la epopeya respectiva. Asia, donó paisaje y cielo a la primera Manifestación Divina; Europa, donó su sangre en las luchas por la imposición de la segunda Manifestación; América, está lista para recibir la tercera, que es la entrega amorosa del Verbo.

Ved, si no, los cantos anhelosos de amor de sus hijos, hechos poetas. Los Atlantes quedáronse en los abismos para que los pregoneros de la paz lleven a término su cometido. Cuando la hora hubo sonado, las columnas que indicaban el "no más allá", cayéronse para que el paso fuera libre y el hombre alcanzara la nueva tierra de promisión. Ya preparada, lista está, pues, para recibir la postrer donación Divina. Las espadas apocalípticas salieron de aquí y en su propio terreno, vencieron al instigador de los Cuatro Jinetes. En el presente, las Cuatro Bestias amenazan al mundo, mas son las legiones de América que las detienen, en tono de alerta, por si hay que matarlas para siempre.

La Razón, halló aquí, ambiente propicio y, lentamente, prepara la égida del Gran Reinado en el que el hombre hallará la paz y el derecho. Hasta los contrincantes en las cosas de la religión, muéstranse más humanos, más comprensibles, más hermanos. La absorción de las nacionalidades por la verdadera nación, es aquí que camina por rutas trilladas tiempo ha: que no fueron vanos los intentos de humanización de los próceres de todo su término. Y si unos se lanzaron en pro de la libertad, los otros sintiéronse tocados de la gracia del Verbo, y en cantos excelsos expresaron sus ansias de dominio espiritual, y así, como recogiendo el hálito celeste, cantan los del norte, y repiten los del centro y esplenden los del sur. Walt Whitmann le habla a Darío y éste a todos los de acá y los de allá. Y, ¿no fué el más precioso preludio el de Inés de la Cruz? Y el canto interior sigue y sigue; pero aumentado en cantidad e intensidad. Que los cantores son conscientes del papel de América en el mundo, y no paran en sus ansias de loarla.

Hoy, hemos de dedicar nuestro amoroso refugio a un aristócrata poeta del Uruguay. Desde allá, ensalza las glorias pretéritas y futuras del continente. Y no las humanas, sino las telúricas, ya que éstas conforman las otras. La fisonomía ambiental es propia, y propios han de ser los productos del connubio de lo ecológico y lo biológico. Así, los héroes son hijos de la unión de ambos elementos poderosos. Así lo comprende nuestro magnífico poeta que acaba de honrarnos, al tomar motivos universales en los que ambos formadores juegan papel preponderante. Edgardo Ubaldo Genta, nació poeta, y su pupila, al recibir los primeros efluvios de luz, sintió la presencia de lo bello en la vida y, estorbándole la palabra fácil y la expresión casera, abrió oídos internos al léxico del alma, y logró formar el lenguaje que requiere la belleza cuando de manifestarse se trata. El magnífico poema que ahora nos ocupa es el *Juicio Final*.

Genta, exige para marco de la epopeya, el paisaje americano. Sus volcanes que parece que quieren escupir al cielo, son ele-



Edgardo Ubaldo Genta
Por *Edmundo Prati*
(1952)

mento muy adecuado para dar óptima visión al lector. Las ciudades del altiplano sureño, escondidas en los abruptos recodos de los Andes, adecuados escenarios para acciones secundarias, y la índole del significado espacial y temporal de América, muy a propósito al epílogo que el autor, en un arranque de bondad, pone al drama.

Sus versos, valientes y exactos, son felices expresiones de la voluntad del autor del Apocalipsis, y la del poeta uruguayo. Decimos exactos, porque manifiestan con espontaneidad la trama de la obra. Sólo un gran poeta puede lograr con felicidad el fin propuesto al enfocar una epopeya de la envergadura de la soslayada por el teólogo de Patmos. Y Genta consigue su objeto fácil y plenamente. Y no es que desde el principio él supiera las peripecias de la jornada, pues al comienzo bien lo dice:

"Rieron los profetas de mi razonamiento
fruto de la ignorancia, la duda, el
[desencanto.
Escribe —me dijeron— y sabrás del
[portento
con el andar del canto".

Las figuras son, casi siempre, precisas imágenes de la realidad.

Refiriéndose al volcán Cotopaxi, testigo de la acción, dice:

"Suspendido en el borde del infinito cauce
donde la eternidad rueda con el instante
hacia el abismo hipnótico, vertical,
[insondable,
un pueblo de hombres puros de ineásico
[linaje
por la vistosa trama de piedras, surcos y
[árboles,
semeja un indio poncho, que baja con
[donaire
desde los hombros gélidos tallados en
[diamante
a las inverosímiles cinturas de los valles".

Al referirse a la nueva Babilonia, ciudad de acero y cemento, génesis de la atómica, expresa:

"Es la imponente Urbe, la que domina
[un Orbe,
donde todo es la máquina, donde nadie
[es el Hombre!"

Y, he aquí los caracteres de la vida falsa actual:

"Política sin ética,
riqueza sin trabajo,
placeres sin amor,
familia sin hermanos,
cultura sin espíritu,
ciencia sin fondo humano,
religión sin martirio,
vida sin entusiasmo..."

Y cuando el sátiro todopoderoso pregunta a Iridio quién gobierna al mundo, éste hijo de la luz, le responde:

"LA RAZON, excelencia".

Para que la hora llegue, es necesario, según el profeta y el autor del libro, que impere la religión del dios Superestado.

Hay pasajes que nos recuerdan a Darío, el del *Coloquio de los Centauros*. Por ejemplo:

"Ni morir es el fin, ni nacer el principio
Pero la clave máxima, pasmosa del prodigio
sólo dos genios guardan: Vanadio y yo,
[Filpio".

Y el hombre de ciencia, otra vez insiste:

"Es la Razón mi dios, máximo, único".

El infernal todopoderoso, machaca con su bestialidad, oponiendo:

"Dos escalas opuestas logran el Absoluto:
la "Visio-demoníaca", el infernal conjuro,
y el éxtasis..."

El amor ha de ser agente directo de la vida, pues:

"Donde falta el Amor, parece que la Vida
con ansiedad de un Génesis desesperada
[grita
América era informe, desolada y vacía".

Y otra vez su oportuno pintar:

"Todos los astros que fulgen son las
[divinas ideas".

El paisaje americano lo circunda todo:

"Mira Arcángel Miguel, mira!
Es la boca del infierno!
Es la más profunda sima
del señor de los volcanes de la América".

La ley de la Justicia Eterna enmarcada en la Eternidad, sale a dar señal de vida cuando Elías le dice a Satán:

"Yo no puedo morir nunca: soy el Libro
[y el Escudo
de la Ley..."

(*Concluye en la pág.* 381)

El Nacionalismo Latinoamericano

Por *Mario BRICEÑO IRAGORRY*

(Es un recorte de *El Nacional* de Caracas)

Frecuentemente el *New York Times* publica apreciaciones correctas acerca de la realidad política de nuestros países latinoamericanos. Estos antecedentes hacen más extraño el contenido de su editorial "Latin-American Nacionalism", aparecido en la edición del martes 19 del presente agosto.

Basado en informaciones de su corresponsal en Río Janeiro, el editorialista habla de nuestro nacionalismo como de "una dolencia que corroe a toda la América Latina" y fundado en apreciaciones que jamás podrían ser generalizadas, intenta presentar el apenas renaciente nacionalismo de nuestros países, como expresión de una actitud de tipo fachista.

Para quien examine serenamente el problema de nuestras repúblicas, los conceptos del *New York Times* resultan sobrado errados y tendenciosos. Justamente la dolencia que ha destruído nuestra vertebración continental e interna, ha sido la absoluta falta de un sano y constructivo nacionalismo que hubiera defendido a tiempo nuestra riqueza y hubiera evitado la situación colonialista en que han venido a parar nuestras industrias y comercio, en beneficio de la gran industria y del poderoso comercio del Norte.

Si el escritor del *New York Times* quisiera hacer buena memoria, sin detenerse en los intentos esclavistas de mediados del siglo xix, podría subir hasta las fuentes de la historia política de nuestras relaciones de antiguas provincias hispánicas, abiertas a la libertad, con el naciente poderío de Estados Unidos. Ya en 1812 el Secretario Monroe pensaba en lo que significaría para el Norte el desmembramiento del imperio español, y según informes que supo recoger el hábil Ministro de la Corte de España cerca del gobierno de Washington, nuestro Delegado don Telésforo Orea llegó a comunicar a persona de su confianza que el señor Monroe le había insinuado, lo mismo que al Delegado de la revolución mexicana, la conveniencia de que nuestros países se acomodasen a la Constitución de Filadelfia, para que una vez unidos a los del Norte, pudiesen formar "la potencia más formidable del mundo".

Esa idea de imperio jamás ha estado ausente de la política estadounidense. El Panamericanismo no es sino el rostro visible de dicho propósito de dominio. La unión de las repúblicas americanas se ha logrado a través de un sistema que constituye la estilización en el orden del derecho público del mismo propósito que ofendió a los Delegados de México y de Venezuela en 1812. Y sólo ha logrado esa posición disvaliosa para nuestros países, por carecer éstos de un recto sentido nacionalista que hubiera buscado en la unión sincera de las repúblicas latinoamericanas una fuerza de resistencia frente a los propósitos imperialistas del Norte.

Justamente el nacionalismo que en la actualidad se configura en nuestros países, lejos de ser un nacionalismo regimentado, arranca espontáneamente del fondo del pueblo, como testimonio de una conciencia en trance de reacción contra la burda explotación forastera. Fenómeno humano y universal, coincide con movimientos semejantes en el Medio Oriente y con la repulsa que los pueblos de Europa hacen de la intervención americana en su política doméstica. En nuestro caso, el nacionalismo no puede ser mirado com expresión de xenofobia. Nuestra América Latina se sabe continente abierto a las aportaciones de la cultura y del capital foráneos. Pero nuestra América aspira a un trato acorde con la dignidad humana. Nuestros pueblos quieren existir en sí mismos y desarrollarse libremente sobre las bases de su personalidad histórica. Nuestro nacionalismo es apenas el despertar de un hombre que fué traicionado mientras dormía.

Yerra flagrantemente el *New York Times* al presentar como dolencia las primeras expresiones de revitalidad pública que están dando espontáneamente nuestras repúblicas. Ante el complejo y poderoso movimiento que denuncia (*very complex and powerful*), y que en realidad no tiene aún todo el poder que para él deseamos, mejor sería de su parte una actitud encaminada a hacer ver a los dirigentes políticos y financieros del gran país del Norte, el deber y la conveniencia de cambiar su táctica frente a los problemas de una América que sólo quiere paz y libertad como garantía para su libre trabajo; y en especial ante el problema de nuestros nacionalismos, a los que juiciosamente reconoce "profundas raíces psicológicas", y los cuales, con buen sentido, presenta como fuertes movimientos desvinculados de los partidos comunistas.

La conviencia internacional impone la necesidad de estrechar los vínculos con todos los países del mundo, en especial con los países vecinos con quienes se realizan los procesos de interferencia económica y espiritual. Mas ese estrechamiento debe basarse en la permanencia de los valores troncales que dan fisonomía a los distintos pueblos. Las relaciones de nuestros países latinoamericanos con el inmenso pueblo del Norte no deben llegar a los límites de la amañada intervención y del servil sometimiento de nuestra economía al cuadro de los intereses de Estados Unidos. Tampoco puede ser la nuestra actitud de sumisa cooperación en propósitos de un afincamiento imperialista que se volvería en último análisis contra nosotros mismos. El sano nacionalismo que hoy busca una serie de rectificaciones en esa política, no debe ser calificado de dolencia social sino de vigoroso recobramiento de una personalidad en trance de delicuescencia. Menos puede hablarse de xenofobia como tacha para la política de puertas abiertas de nuestros pueblos. Xenofobia podría ser, en todo caso, la arbitraria discriminación que hacen los sistemas inmigratorios estadounidenses.

De punta a punta ha errado esta vez el *New York Times* al presentar como enfermizo nuestro saludable nacionalismo latinoamericano. Lejos de ofender con sus epítetos la correcta actitud de nuestros países, el editorialista ha debido ahondar más en las razones que guían nuestra actual política defensiva. En cambio, los rudos comentarios que hace sobre nuestro caso, dejan ver cómo desagrada a los altos círculos norteamericanos toda actitud que indique una intención de defender nuestros derechos frente a las ansias de dominio y explotación del Coloso del Norte.

Entérese

Un libro de Juan Marín:
Laot-Tszé o El Universo Mágico.
Editado por Espasa-Calpe Argentina.

Bajo el prestigioso signo de la Colección *Austral*, la editorial "Espasa-Calpe Argentina, S. A.", de Buenos Aires-México, ha lanzado a circulación un nuevo volumen del escritor chileno Dr. Juan Marín, actual representante diplomático de su país en India. Dice la solapa del libro:

"Juan Marín, descollante escritor chileno contemporáneo, médico, viajero inquieto y avizor, polígrafo que ha dado cima a valiosos libros de diversa temática, es el autor de *Lao-Tszé o el Universismo Mágico*, la obra que hoy ofrece al público la Colección *Austral* y que es un fascinante estudio sobre el gran filósofo, propulsor del Taoísmo, doctrina que comenzó a propagarse en la China Imperial cinco siglos antes del advenimiento de Cristo al mundo. La más poética leyenda envuelve el origen de Lao-Tsze, que nació viejo al pie de un ciruelo y al que por el tamaño de sus orejas —que recordaban las hojas de ese árbol— llamaron también "Orejas de Ciruelo" u "Orejas Largas". Igual misterio aureola su fin terrenal, pero se sabe que hubo una época en que montado en un búfalo, emprendió un viaje desconocido que duró muchos años, para reaparecer después a través de la Historia de China. En el año 517 a. de J. C. consta que tuvo una entrevista con Confucio, impugnándole enérgicamente todos sus postulados. "Mística de la inteligencia" es el Taoísmo; la disciplina espiritual en la que millones de seres encuentran la explicación de su destino mortal: "Todo es inestable y perecedero, pero a la vez eterno". Después de fijar, con la mayor acumulación de datos conocidos, la personalidad corporal del filósofo, el autor se dedica a analizar la doctrina de "Tao" —cuyas raíces etimológicas ocupan un interesantísimo capítulo— y su interpretación del Génesis, del Alma, y su posición frente a la Moral y a la Política. Ocho son los "Inmortales" taoístas a los que nombra y estudia el autor, el cual se detiene, también, en los más importantes discípulos, como Chwang-Tszé, Lieh-Tszé, Huai Han-Tszé, Kwan Yun-Tszé (que escribió *El Libro de los Sueños* donde hay muchos anticipos de las teorías freudianas sobre el sueño) y Yang-Tszé, que propagó el "Taoísmo cínico". Como una ventana a otros mundos posibles del alma es este hermoso libro, saturado de toda la lejana magia del antiquísimo tema que trata y que Juan Marín desentraña con el más moderno sentido crítico-analítico, y respetándolo, al mismo tiempo, en todo lo que encierra de inolvidable y simbólico'.

Este nuevo libro del Dr. Marín será seguido, próximamente, en la misma Colección *Austral* por otros dos volúmenes: *Confucio o el Humanismo Didactizante* y *Buda o la Negación del Mundo*".

(Envío de *J. M.*)

Leonardo Ruiz Pineda,

el de la fina valentía y gozosa audacia

Por *Rómulo GALLEGOS*

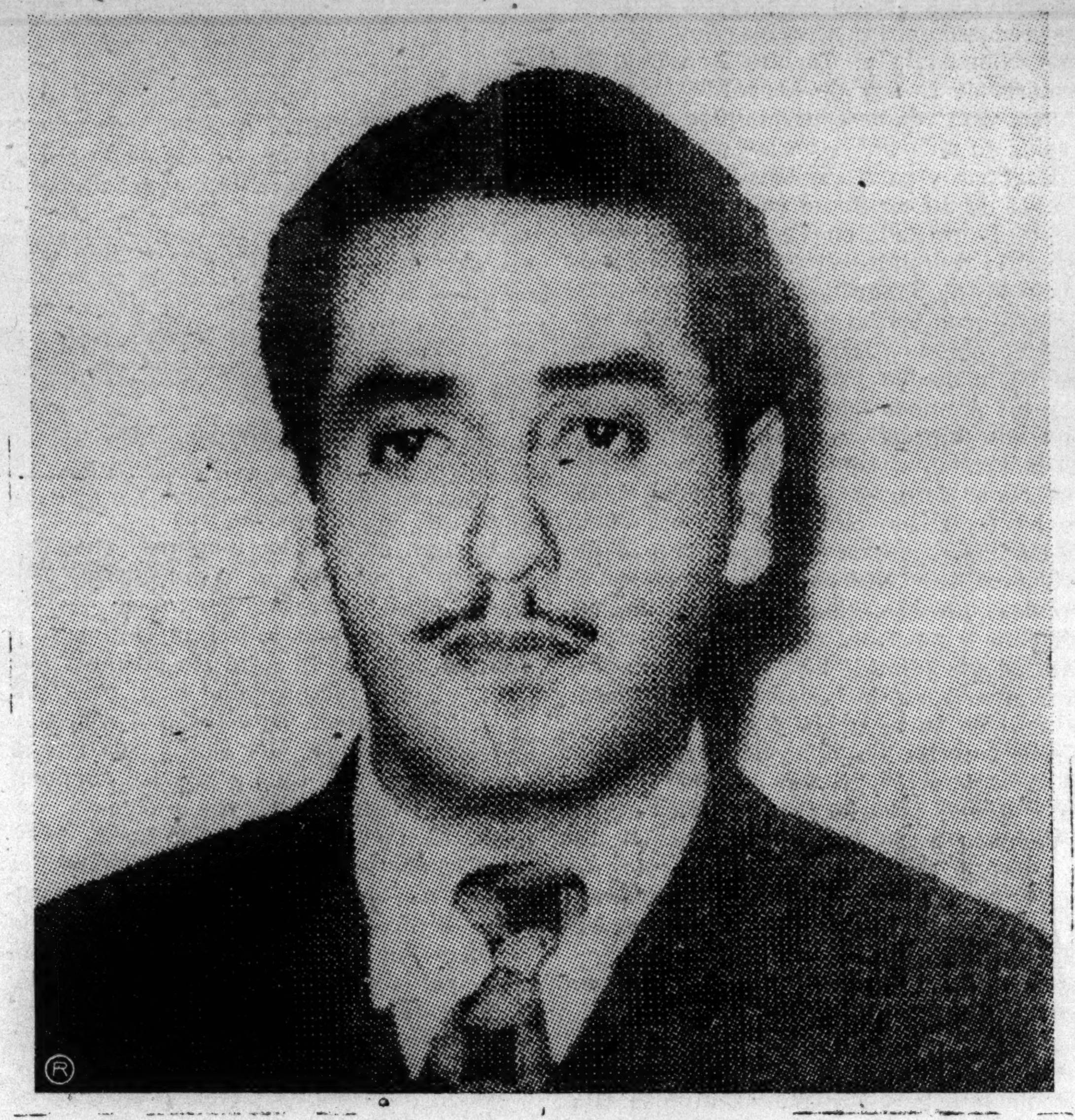
(*Envío del autor*, desde México)

Ya traíamos encogido el corazón en la expectativa del trágico fin que los designios del crimen, en ejercicio de autoridad en nuestro país, le tuviesen destinado a la gallarda vida de Leonardo Ruiz Pineda. ¿Podríamos evitar ahora, ante el hecho consumado, que se nos distienda en las formas vehementes de la ira?

Prisiones, destierros y confinamientos en parajes mortíferos ha venido empleando la dictadura militar que oprime y escarnece a Venezuela para mantenerse, por los modos del terror, en el gobierno arrebatado hace cuatro años a los derechos del pueblo por la insolencia de las armas y ahora, en las vísperas mismas de la farsa electoral con que pretende revestirse de legitimidad, recurre a las eficacias monstruosas del asesinato y lo comete en plena calle pública, con ráfagas de ametralladoras, en un alarde de brutalidad sin precedente en nuestra historia. Recoja ésta la fecha aciaga del criminal acontecimiento y véase el pueblo de Veenzuela el multitudinario rostro en el de Leonardo Ruiz Pineda destrozado por las balas, tal como aparece en los diarios de Caracas que dan la espeluznante noticia.

Valiente, audaz, sin lo bronco y lo destemplado con que esas cualidades de la hombría se presentan en el ánimo bárbaro que en nuestro infortunado país ha hecho deplorable historia, sino con fina valentía y elegante forma gozosa de audacia acreditadoras de espíritu bien cultivado, Leonardo Ruiz Pineda venía cumpliendo, además de una obligación de partido, un deber de ciudadano cuidadoso de la dignidad nacional particularizada en él, en su posición de dirigente de la resistencia civil que la inmensa mayoría de los venezolanos responsables tenían que oponerle a un gobierno proveniente del atropello llevado a cabo contra un orden constitucional surgido de legítimo acto de soberanía popular y al cual él había prestado brillante colaboración, en la más ceñida consecuencia al compromiso de honestidad y rectitud contraído con la confianza del electorado. Dirigía resistencia clandestina porque a eso nos obligó el arrebato de la legalidad de nuestro partido por el gobierno usurpador, desasistido de todo fundamento de derecho en sus ejercicios de autoridad y durante cuarenta y dos meses de azarosos días y peligrosas noches de persecución tenaz en torno suyo, innumerables momentos de la libertad en riesgo y de la vida junto con ella, ni en uno de ellos le vaciló la voluntad de resistir, ni nadie vió nunca que a él se le asomara quebranto de la moral. Admirable caso que recogerán los anales de la persecución política en Venezuela y lo elevarán a la categoría de ejemplo edificante.

Porque no era una resistencia injustificable la que dirigía Ruiz Pineda, sino un ejercicio de derecho popular y de obligación personal indeclinable ante los usurpadores del derecho de gobernar. No era un hombre contra la ley, en aventura de apetencias bastardas y al cual pudiera considerársele fuera de la ley a la hora de la represión y quien no tenga comprometido su juicio con las parcialidades de la violencia imperante hoy en nuestro país, puede dar-



Leonardo Ruiz Pineda

se perfecta cuenta de la fina calidad humana que alentó a Leonardo Ruiz Pineda sólo con leer la hermosa carta de buen hijo que él le dirigió a su padre, seis meses antes de su trágico fin "para sosegarlo y darle seguridades de orden moral para su atribulado espíritu", cuando a oídos de su padre llegó la infame invención gubernamental de que él estuviese dirigiendo actos de monstruoso terrorismo.

Sus compañeros de partido siempre nos complacimos en admirar en él, junto con la firmeza del luchador político atenido a una ideología, la rectitud de la conducta personal pública y privada y en armonía con la clara inteligencia, la bondad, la afabilidad cautivadora de simpatía, la fina, la óptima calidad humana, y estas condiciones se las reconocían también sus adversarios políticos que dentro de sus respectivas organizaciones partidistas compartían con la nuestra el legítimo derecho a la contienda de las opiniones, como también se las admiraban los mejores hombres de la posición independiente. Era, en síntesis, lo que en sencillo y buen lenguaje de convivencia humana se llama: un hombre bien querido.

Huelga decir que este sentimiento no podían compartirlo los agentes del cuerpo armado que le dieron muerte y que tenían que cobrarle la valiente habilidad con que él se les escapó de las manos varias veces, poniendo en ridículo la eficacia de sabuesos en que ellos tenían cifrado su orgullo; pero sí hay que decir esto otro: a Leonardo Ruiz Pineda no podían perdonarle aquellos de sus conterráneos, otra vez preponderantes en el manejo de los destinos de la nación y que antipatrióticamente se empeñan en cultivarse discriminación regionalista, el que hubiese puesto corazón tachirense al servicio de la felicidad y de la dignidad de todo el pueblo venezolano, sin aspirar a que sólo pudiesen gobernarlo hombres de su gentilicio, militando en las filas de un partido que no excluye a ninguna de las porciones de ese pueblo y por consiguiente a ninguna de ellas puede reconocerle privilegio.

Corazón tachirense, recio y de noble calidad, puso Ruiz Pineda en el amor grande y esforzado a la venezolano integral. Corazón de montaña criadora de fortaleza y abrigadora de apretado cariño al terrón del suelo natal, pero alentadora también de empinamiento a cumbres para ancho y hondo respiro de generoso aire de inmensidad. Corazón andino cuya palpitación vigorosa y cordial tenía que sentirse tanto en el cauteloso silencio del azariento paso del

desfiladero de la angustia venezolana, en los pasados años de opresión, como en la firme y confiada andadura de las esperanzas, por la derecha vía, sobre la ancha tierra de todos y para todos. Corazón andino como los de tantos otros excelentes compañeros nuestros, entre ellos aquel, bondadoso, noble, leal, que palpitó en el pecho de Luis Troconis Guerrero, de indeleble recuerdo entre nosotros. Aquí le rendimos homenaje al Táchira honrando la memoria de Luis y de Leonardo.

Pero esta vez ha ocurrido algo más que la caída de un hombre en la hora negra de la desgracia y para nosotros la irreparable pérdida de un excelente compañero de lucha. Se ha iniciado en Venezuela un modo nuevo de brutalidad dictatorial: se ha asesinado, se ha ametralladora en plena calle pública y con armas de la nación a un adversario político. La mentira oficial, a la que no le duelen prendas de desvergüenza y los acomodos de la justicia mercenaria a los imperativos de la violencia, darán la versión absolutoria de la monstruosidad cometida; pero la Venezuela que siempre ha repudiado el homicidio como forma de lucha política y que ha pecado de olvidadiza aun en casos de atropellos y agravios imperdonables, sabe ya la verdad tremenda y no podrá olvidarla. Hace unos días fué un humilde hijo del pueblo, Cástor Nieves Ríos, luchador tenaz y valeroso, a quien se le arrebató a tiros de función de autoridad la vida puesta al servicio del ideal democrático, que involucra libertad y dignidad ciudadanas —honrada sea también su memoria en este recordatorio de nuestros mártires— y ahora acaba de caer Leonardo Ruiz Pineda, culto hombre de leyes y de letras, de vida limpia, padre amantísimo de dos tiernas niñas martirizadas ya para siempre, habiéndose llegado hasta el repugnante extremo de inhumanidad de reducir a prisión —así fuese momentánea— a su esposa, una dulce y admirable mujer venezolana, tachirense ella también, cuando acudió a exigir que se le entregase el cadáver de su marido. Es inicuo, es monstruoso, que todos esto haya podido ocurrir, impunemente, en un país que ha contraído compromiso de respeto a los derechos humanos. Cuando los compañeros que me han precedido en el uso de la palabra hicieron mención acusatoria de la monstruosidad cometida con la infortunada y noble esposa de Ruiz Pineda, tuve que inclinar la cabeza con pesadumbre venezolana, duelo y vergüenza, al advertir las miradas de asombro que se cruzaban dos mujeres mexicanas que honran este acto con su presencia.

Se dice que no se sabe dónde y cómo fué enterrado, a raíz del crimen, el cuerpo de Leonardo Ruiz Pineda; pero lo indudablemente cierto es que el pueblo de Venezuela, en imperecedera presencia de espíritu, el pueblo incontaminado de prevaricaciones, lleva sobre sus hombros al compañero sacrificado y haciendo su camino doloroso hacia el día de la justicia lo conduce a la inmortalidad.

Pero sobre el suelo de mi Patria ha quedado en pie una víctima inquietante: el pueblo de Venezuela, al cual se ha tratado de envenenarle las fuentes de su bondad esencial, pues los dos extremos del dilema en que lo ha colocado la monstruosidad que acaba de presenciar son igualmente funestos para sus destinos: o sumisión vergonzosa ante todas las arrogancias posibles de la arbitrariedad, o desencadenamiento de sus tremendas iras.

Piensen en esto los hombres prudentes de nuestro país que no hayan querido asomarse sobre el drama venezolano de hoy bajo el nuevo signo de la represión, pero a quienes acaso la historia les atribuya mañana alguna responsabilidad y procuren advertirlo también aquellos que sólo tengan acostumbrados sus ojos a explorar la tranquilidad de la calle a que den las puertas de sus tiendas o de sus oficinas de negocios. Con el pueblo de Venezuela están cometiendo sus actuales gobernantes el monstruoso delito de inducirlo a represalias sangrientas, mediante la siembra de rencores que allí se está llevando a cabo, como para copiosa cosecha de infortunio.

Yo no tengo mano conformada para arrojar la brasa del corazón a los incendios de la violencia, ni me muevo entre hombres que les confíen a las llamaradas de la venganza el conocimiento del pan de la justicia, y sin mengua de la firmeza de la acusación a que estamos obligados, invito a mis compañeros a total presencia de ánimo, en alturas de serenidad responsable ante el destino de nuestro pueblo, a fin de que, sin que el agrio rencor nos tuerza la buena sustancia del dolor venezolano que aquí nos reune, sea honrada siempre entre nosotros la memoria de nuestro compañero, mártir del ideal democrático. El de la fina valentía y la gozosa audacia: Leonardo Ruiz Pineda. Vivo y perenne entre nosotros.

Rómulo GALLEGOS.

México: 25-X-52.

Así nació un amor

(En *Rep. Amer.*)

(Para mi esposa con todo cariño)

Cuando te vi por vez primera,
exhaló mi pecho un suspiro de simpatía;
sentí la emoción de una quimera
que antes no había sentido, hasta ese día.

Cuando de nuevo te encontré y te hablé,
tuve la dicha de estrechar tu mano
y sentí cómo hasta el sol en el horizonte
embellecía aquella tarde de verano.

La simpatía la trocamos en amistad verdadera
y fué así como en mi vida nació el amor.
Ese amor ha sido en mi sendero la estrella,
que me ha dado su luz, su cariño y su calor.

Francisco ARIAS

Heredia. 1949.

×

Adhesión a un homenaje a
Leonardo Ruiz Pineda

Por *Rómulo* BETANCOURT

(*Envío del autor,* en San José de Costa Rica).

(Se realizó el homenaje el 7 de noviembre, 1952, en el Ateneo de Montevideo).

Este homenaje a la memoria de Leonardo Ruiz Pineda rendido por uruguayos libres y por exilados de otras patrias americanas, radicados en la tierra de Artigas, tiene significación emocional y trascendencia política.

Nos conmueve, como compañeros de militancia ideológica y como amigos entrañables de Ruiz Pineda, la súbita incorporación de su nombre a la galería de los inmortales de América. La ráfaga de ametralladora que segó su vida repercutió en la conciencia continental. Y quien había luchado casi cuatro años, en la obligada anonimia de la batalla clandestina, oculto detrás del pseudónimo de *Alfredo,* emergió de las sombras de una acción sin relieves externos ni fanfarrias de aplausos con su neto y nítido perfil de héroe. Héroe de la resistencia civil venezolana a la dictadura castrense: así está ya incorporado Leonardo Ruiz Pineda a la historia contemporánea de Hispanoamérica y a la de las luchas sociales de todos los tiempos.

Pero este acto de presencia de las mejores gentes americanas para hacer justicia póstuma, sin regateos de mezquindad ni esperas dilatorias, al gallardo combatiente asesinado, tiene también extraordinaria importancia política. Es síntoma expresivo de que quienes en América combaten por la vigencia de las libertades públicas, por el nacionalismo económico y por la implantación de la justicia social, adquieren cada día más clara conciencia de que esa acción carecerá de eficacia mientras no se coordine por encima de las fronteras geográficas, enmarcadoras y limitadoras de cada patria en particular.

Y es que no podemos hacernos ilusiones costosas, ni ver los hechos a través de prismas engañosos. Estamos empeñados en una lucha contra cuanto hay en nuestra América de barbarie indigerida, de feudalismo perviviente, y todo ese saldo del ayer no superado, revitalizado con doctrinas de inspiración fascistoide. Y como apoyo y soporte de esa irrupción de lo anti-histórico en el

presente de la mayoría de los pueblos de Hispanoamérica, la presión colonizadora de fuera. Poderosos intereses extranjeros, junto con las Cancillerías permeadas por sus influencias, consideran más cómodo, más fácil y más productivo entenderse con dictaduras venales, que con gobiernos nacidos de la limpia expresión de la voluntad popular y, por lo tanto, obligados a la celosa defensa del patrimonio económico, de la tradición de cultura y del modo de vida de los países cuyos destinos rigen. Y esta coalición de fuerzas es tan sólida como para explicar por qué crímenes políticos horrendos, como el de Ruiz Pineda y tántos otros en tántas otras partes, se estén realizando á diario, sin que encuentren repercusión crítica en organismos internacionales, cuyas propias Cartas Constitutivas les impone la obligación de exigirles a los Estados asociados el respeto a los derechos del hombre y a las garantías civiles de los ciudadanos. En las Naciones Unidas y en la Organización de Estados Americanos, con la tolerancia cómplice de las llamadas naciones rectoras del "mundo libre", las dictaduras que asesinan hombres, saquean erarios y aniquilan libertades, están alineadas en el bloque que dice defender a la democracia occidental de las agresiones de países que, con mayor sinceridad o con menor hipocresía, no ocultan la estructura totalitaria de sus gobiernos.

Esta es la verdad. Y frente a ella, no cabe la actitud de reclinarse sobre un muro de lamentaciones. Los hombres de 1810 se enfrentaron no sólo a España y a Portugal, sino también a la Santa Alianza. Frente a la generación libertadora, se alinearon todas las potencias colonalistas de Europa, las testas coronadas, los traficantes negreros, los monopolizadores entonces del comercio con las colonias españolas y portuguesas, los precursores de los modernos *trusts* que se enriquecían con los productos del suelo y de las minas de las Tierras de Indias. Los abuelos próceres respondieron a esa coalición de intereses colonizadores, políticos y económicos, convocando y conduciendo a los pueblos a la lucha emancipadora; y proyectando ésta por encima de las demarcaciones geográficas que a cada Virreynato o Capitanía General asignaron las pragmáticas reales. Vertebrado a través de América el frente de la libertad, incorporados a él los pueblos y las minorías intelectuales más esclarecidas, fué posible la independencia política del nuevo mundo.

La lección de ayer es consigna y man dato para hoy. Sabemos que estamos solos y que no podemos esperar ayuda de nadie, sino de nuestros propios pueblos y de nuestra propia decisión batalladora. Y ya con esta lúcida idea orientando nuestra conducta, apretemos cada vez más los vínculos y el espíritu de cooperación quienes luchamos por unos mismos objetivos inmediatos, desde México hasta Cabo de Hornos.

El acto que se realiza hoy en el Ateneo de Montevideo —ágora de la democracia americana— tiene por eso significación impar. Y pienso que el asesinato de Leonardo Ruiz Pineda por los sicarios de la dictadura de Caracas, ha servido no sólo para acicatear la decisión de los venezolanos libres de darle el empellón final a ese orden de cosas oprobioso, sino que ha contribuído a unir más a los hombres de pensamiento y acción, que en este continente balcanizado por los despotismos son los nuevos precursores de una segunda cruzada de independencia.

A todos los asistentes a este acto, a sus organizadores, vaya la palabra de solidaridad de la Venezuela combatiente, y de la militancia innumerable de Acción Democrática, que con sus banderas enlutadas y el corazón en un puño, pero sin vacilaciones cobardes ni lamentos plañideros, continúa enfrentada en la Patria de Bolívar a la barbarie en precaria función de gobierno.

"El Juicio Final", de Genta

(*Viene de la pág.* 377)

Y sigue diciéndole:

"...pervertiste al Viejo Mundo!
¿Quieres hoy, a las Américas, extraviarles
el futuro?"

Ahora es Macchupicchu, aquella ciudad fortaleza-templo de los pre-incaicos, escondida hasta hace poco en lo alto de los Andes, el escenario:

"He aquí una puerta abierta en el cielo.
[Macchupicchu
Ciudad pura, casi libre; puerta heroica
[del Espíritu,
prometida de los cielos a los hombres
[como ángeles
y olvidada, derruída por el llanto de las
[piedras,
las cenizas de los árboles,
el exilio de los cóndores, la evasión de
[las orquídeas
y el horrífico helamiento de las aguas,
solamente porque el mundo se olvidó del
[verbo AMA!"

"Desde los cuatro rumbos, los muertos
[y los vivos
se acercan a los Andes, subiendo los
[declivios,
y al Josafat américo, la pampa del
[Espíritu".

Ya en el lugar, el llanto de los condenados:

"Soy Cortés. Di suplicio criminal a
[Cuauhtémoc..."
"Pizarro soy, verdugo de Almagro:
[me arrepiento!"
"Inca Tupac Amaru: yo vil, te di tormento".
"Fuí traidor a Bolívar: el Santo Sucre
[ha muerto!"

Pero la gracia de Genta es que hace cambiar el curso de la profecía, y ya en el vértice del drama, Jesús, dando nueva muestra de amor, concede al hombre más tiempo:

"Pecadores: mi Padre, dolido de mis ruegos,
os concede la gracia de prolongar el
[Tiempo!"
....
"Concluya el Viejo Mundo! Renazca el
[Mundo Nuevo!"

Tal es la síntesis del poema del vate Genta, manifestación de su fe en América y en la redención por el Amor.

Tal vez los versos pudieran presentar más profundidad, más pureza; pero la épica, precisamente, quiere esta manifestación poética. Las ilustraciones del artista Ariel Severino, ayudan a conseguir con la belleza de dicción, la de la forma. ¡Qué acción más hermosa para ser acompañada por la música mística de Franck!

Crea el autor que ha proporcionado al fondo cultural autóctono americano, un elemento de alto valor espiritual.

Lorenzo VIVES.

Finca "Monticel".
Cervantes, Costa Rica.
Abril de 1952.

Las Epopeyas de Ubaldo Genta

(En *El Tiempo* de Bogotá, 17-III-52)

Ampliamente conocido en toda América, el poeta y escritor uruguayo Edgardo Ubaldo Genta es el más hondo y cósmico cantor del nuevo mundo. *La epopeya de América,* que ha venido entregando a sus lectores con ejemplar constancia, no sólo refleja todas las corrientes del "infinito americano" sino que señala la existencia de un hombre, venido de los tiempos homéricos, para reivindicar la tierra, el sér, el pretérito, el hoy y el porvenir de un continente.

La Epopeya de América está dividida hasta ahora, en dos series monumentales: *Los poemas américos* y los *Cantos del Nuevo Mundo.* La primera serie, escrita en el curso de siete años —1939-1946— consta de tres epopeyas y siete obras: "La epopeya de América", "La Epopeya del Espíritu" y "La Epopeya de Bolívar".

La segunda serie acaba de iniciarse —1952— con la publicación de *El Juicio Final,* que es la "epopeya de la humanidad desde el solio de América". Este libro consta de "un prólogo real, tres divisiones dramáticas, veintidós escenas alegóricas y un epílogo en vigilia". Fué editado en los talleres gráficos de la editorial Florensa y Lapón, de Montevideo, con ilustraciones, a todo color, de Ariel Severino.

El poeta Ubaldo Genta explica los rasgos fundamentales de *El Juicio Final* con estas "palabras liminares":

"...Vivimos la hora más oportuna de inspirarnos en las visiones proféticas con propósitos artísticos y aun éticos. Los impulsos regresivos del hombre, señor de la técnica que domina la materia, pueden liberar con resultados aniquiladores, tremendas energías, produciendo espanto sus vaivenes al borde de la tragedia universal. Y palpita tan mágica armonía entre la visión apocalíptica y las potencias que nos despeñan al arrasamiento de la cultura, que pocos motivos como éste logran concitar un interés más vivo a los poetas, porque les corresponde, tal vez mejor que a los filósofos, el antiguo ministerio de adelantarse a la historia con la voz de la profecía".

Arraigado a la más severa tradición épica, el poeta uruguayo vuelve por los fueros de la poesía monumental. Escribe un mensaje heroico con las palabras del Apocalipsis sometidas a la "vivencia" de América. No se parece a nadie de la actualidad y no se contenta con la prosapia clásica, sino que también extrae de la antigüedad el soplo divino de los misterios para colocarlos, de nuevo, sobre la conciencia de un mundo pragmático y filisteo.

En una nota de periódico apenas se puede registrar la aparición de *El Juicio Final* que, como *Los Mayas,* como *La Amazonía,* como *El Epílogo de Dios,* exigen el estudio de todos los eruditos americanos.

Eva

(En *Rep. Amer.*)

Indolente, vagando, caminando
con paso suave hacia la fresca orilla,
inclinándose apenas, lentamente,
su cuerpo joven a las luces brinda.
Como un ala de polen irisado,
como imperioso amante, la ilumina
el alba virgen, la naciente hoguera.
Eva sus ojos abre sorprendida.

Pasó la oscura noche. No más sombra
que la que deja al caminar desnuda.
Se separan las ramas. Cerca el agua
trémula en lentos círculos ondula:
ignora que esos pies ligeros pueden
con leve o raudo paso herir su espuma.

En el aire, nocturno todavía,
el vuelo de las aves da comienzo:
pájaros o pequeños corazones,
vacilante plumón, tibio jilguero,
cuyo latido apenas sí se atreve
a sentir Eva en su inviolado seno.

Ni un caballo relincha. No va el corzo
pisando temeroso la pradera.
Quieto el león, con púrpura pupila
ve atónito ante sí vagar la hiena.
Ignorantes están que con sus miembros
posible es con dulzura hollar la tierra.

Nada la aparición del sol saluda.
Como emerge una isla de los mares,
azul, la selva surge de la noche,
sueltos cabellos libres su ramaje
movidos por el céfiro o aliento
que en celeste invisible pecho nace.

Tan sólo una mujer, candor prístino,
contempla, estremecida, la mañana.
¿De qué lugar, de dónde esta luz viene,
fulgurando impaciente, lumbre, llama?
Sienciosa, contempla. Silenciosa,
buscándola llegó, predestinada.

Inclinándose apenas, lentamente,
unas ramas sorprende que se agitan,
sorprende un soplo entre la fronda muda:
un ser cercano, tibio, que respira.
Eva se acerca. Algo la reclama,
algo la atrae con su presencia viva.

Algo con tiernas formas infantiles,
errante nimbo, toma la inocencia
indeleble, cual frágil vestidura.
Cruza, feliz, ante los ojos de ella.
Las ramas mueve, las arenas pisa,
el aire en calma nuevamente deja.

Eva, atemorizada, borrar quiere
de sí este incierto signo misterioso,
esta flotante imagen que la turba.
Y se vuelve, temblando. Mira en torno
a lo nuevo naciente. Llega un frío
viento que la estremece poderoso.

Ve a sus espaldas cómo la mañana
claros limbos de luz pone a la selva.
El musgo blando, brevemente oscila;
oscila el duro lomo de las fieras;
el pájaro en su nido oscila o canta.
Todo su nombre suplicante anhela.

Todo inmóvil está, quieto, temiendo,
dudando si callar, si andar, si acaso
suspirar; indefenso, asustadizo,
presto a escapar, a sucumbir, callando,
sorprendido, doliente, tembloroso,
indeciso entre ser o un no ser vago.

Eva, sola, también su nombre inquiere,
mientras su corazón latir escucha.
Súbitamente, algo increado ansía:
¿tal vez su misma cándida ternura?
De no tener recuerdos triste, vuelve
sus ojos a la aurora que la alumbra,
al cielo su mirar. Triste, quisiera
ser vieja como Dios: eterna y pura.

Ricardo Juan BLASCO.

Madrid, 1951.

ÍNDICE DEL TOMO XLVII

Autores y Asuntos

A. Ortiz Vargas, p. 298.
A propósito de los Derechos del Niño, p. 222.
Abreu Gómez, Ermilo.—Maragato, p. 339.
Acevedo, Olga.—Sueño adentro, p. 60.
Acevedo Avalos, Armando.—Dos sonetos, p. 247.
Aguilar Machado, Alejandro.—La idea del hombre en la Filosofía actual, p. 133.
Alamo, Antonio.—Agarrado por el infortunio, p. 17.
Alba, Víctor.—Héroes sin hazañas, p. 61.—El cordero degollado, p. 190.
Albertazzi Avendaño, José.—Circular, p. 317.
Alegría, Claribel.—Poesías, p. 12.—Este poema..., p. 142.—Siempre solo!, p. 254.—3 sonetos, p. 370.
Alegría, Fernando.—¿Va usted a España este verano?, p. 117.
Alemán, Miguel.—Discurso en el acto inaugural del Congreso de Academias de la Lengua, p. 249.
Alemán, Bolaños, G.—Recuerdos de Manuel Ugarte, p. 315.
Alfaro de Mata, María.—Hortensia Zelaya del Castillo, p. 124.
Alpízar, Sergio P.—Hostos en el camino, p. 209.
Amighetti, F.—Soneto a don Fadrique, p. 304.
Anderson Imbert, Enrique.—El romanticismo en América, p. 48.
Andrade y Cordero, César.—Octubre, p. 44.—Jazmynia, p. 58.—Plenilunio y sonata, p. 75.—Doncella incomparable, p. 100.—Don Pedro era Hombre de Mar, p. 364.
Angel Rafael Lamarche como cuentista dominicano, p. 365.
Antuña, José G.—*Cien sonetos* del poeta uruguayo Julio Garet. Mas, p. 139.—*Ariel*, espiritualismo y espiritualidad, p. 321.
Aparicio, Antonio.—Hacia la patria más profunda, p. 281.
"Aquí estoy", dice Castellanos, p. 324.
Arce, José María.—Reseña, p. 16.
Arciniegas, Germán.—Eficacia de la mentira, p. 86.
Arévalo Martínez, R.—Discurso sobre las Armas y las Letras, p. 88.
Arias, Francisco.—Así nació un amor, p. 380.
Arias Larreta, A.—Sobre el Congreso de Academias de la Lengua, p. 255.
Aristeguieta, Jean.—Nocturno en aire de ilusión, p. 15.—Invocación a Safo, p. 146.
Asturias, Miguel Angel.—Ejercicios poéticos en forma de sonetos sobre temas de Horacio, p. 108.
Avilés, Luis F.—La indisciplina de Fernández de Lizardi, p. 97.—El Libertador y la educación, p. 225.
Azcoaga, Enrique.—El Poema de los Tres Carros, p. 277.
Azorín.—Una carta, p. 269.
Baeza Flores, Alberto.—Intimidad matinal, p. 44.—3 poemas, p. 91.
Basulto de Montoya, Flora.—Carta abierta, p. 219.
Benítez, Justo Pastor.—Un decoro de América, p. 355.
Bermúdez de Belloso, Mercedes.—Jean Aristeguieta en sus dos últimas obras, p. 313.
Betancourt, Rómulo.—Carta, p. 129.—Leonardo Ruiz Pineda, p. 380.
Bierig, Alexander.—Pensamientos sobre el Arte pictórico, p. 53.—Unión suprema?, p. 76.—El despertar, p. 356.
Blasco, Ricardo Juan.—Eva, p. 382.
Bosch, Juan.—Hampa y reacción en América, p. 129.
Brenes Mesén, Roberto.—La prueba de Hilda Kaluza, p. 265.—Versos inéditos, 266.
Brenes de Hilarov, Fresia.—Canto a Soleida, p. 119.—Roberto Brenes Mesén, p. 120.
Briceño, Ruth Ligia.—Versos míos, p. 327.
Briceño Iragory, Mario.—El Nacionalismo Hispanoamericano, p. 378.

Caba, Pedro.—Sobre el odio, p. 7.—Un monstruo, p. 23.—¿Decadencia de Europa?, p. 37.—Sobre la envidia, p. 61.—La palabra clásica y la palabra romántica, p. 162.—¿Decadencia de Europa?, p. 179.
Calibán.—Comentarios, pp. 173 y 236 del Nº 15.
Caltofen Segura, R.—Jiras vascongadas, p. 286.
Campoamor, Fernando G.—Don Fernando Ortiz, el Maestro fuerte, p. 225 del Nº 15.
Canal Ramírez, Gonzalo.—Y ahora en La Haya, p. 4.
Canossa Mora, Ermida.—En una Nochebuena, p. 14.—Mis primeras botas, p. 68.—Está zuquiada, p. 229 del Nº 15.
Carazo, Juan José.—Esto les digo..., pp. 12, 125.—¿Justicia?, p. 53. No permitas..., p. 78.—Así opinamos, pp. 247 y 253.
Carazo Serrano, Juan José.—Un recuerdo de Varsovia, p. 334.
Cardona, Rafael.—Memorias de una entrevista fracasada, p. 65. Se trata de Paramhausa Yogananda, p. 309.
Cardona Peña, Alfredo.—Lectura de Balzac, p. 30.—Recreo sobre los sefarditas, p. 36.—De los *Sonetos recién cortados*, p. 165. Con permiso... p. 180—Elogio de la Provincia, pp. 180 y 217.—Lectura de Sor Juana, p. 259.—Recreo sobre la Edad Media, p. 267.
Cardona, Jorge.—Carta, p. 350.

Carpio, Campio.—Este egregio don Alberto Rembao, p. 184.
Carpentier, Alejo.—Este gran Don Fernando, p. 227.
Castedo, Leopoldo.—Arte, vida y humor en la obra de González Vera, p. 21.
Castillo Ledón, Amalia de.—Sor Juana, mujer de América, p. 258.
Castrillo, Primo.—Anhelo, p. 236 del Nº 15.
Centenario de Medina, p. 360.
Cercone V., Carmen.—Los defiendo, p. 223.
Certad, Aquiles.—Carlos Fernández Sessarego, p. 59.
Colina, Rafael de la.—Palabras, p. 257.
Colins, p. 25.
Consejo del escritor. (Acta de fundación y Mensaje, Buenos Aires), p. 135.
Cordero Amador, Raúl.—Dos líricos americanos, p. 64.
Cordero y León, Rigoberto.—Invocación al insomnio, p. 173.
Córdova Illescas, Virginia.—Elegía a mis padres, p. 28.
Cortina, Augusto.—Cómo murió Pedro Henríquez Ureña, p. 177.
Corretjer, Juan Antonio.—El cafetal en el alma de Puerto Rico, p. 132.—El mensaje y el retrato, p. 183.—La estrategia para perpetuar el coloniaje, p. 238 del Nº 15.—Alabanza en la Torre de Ciales, p. 343.
Cox, Patricia.—Don Argumento, p. 318.
Crespo, Manuel.—En el principio fué el hambre, p. 66.—Relato de un drama no finito, p. 149.
Cruchaga Santa María, Angel.—Arco iris del regreso, p. 312.
Cruz Santos, Camilo.—Introducción a la Vida de Atico, p. 233 del Nº 15.
Curie, F. Joliot.—Llamamiento del Consejo Mundial de la Paz, p. 82.
Chacón y Calvo, J. M.—En la muerte de mi madre, p. 310.
Changmarín.—Carlos Luis Sáenz en Veraguas, p. 329.

Darío Lara, A.—Carrera Andrade y las Letras Francesas, p. 328.
De paso, pp. 54-55.
Del Centenario de Don Santiago Ramón y Cajal, p. 323.
Delmar, Neira.—La otra, p. 44.—Nueva presencia, p. 95.
Diálogo y monólogo; colegiado y unicato, p. 271.
Dobles, Fabián.—Han licenciado a la Cosmografía, p. 252.—De la Revista *Poesía de América* se trata, p. 334.
Dobles, Gonzalo.—Nueva poetisa costarricense, p. 126.

Echeverría Vicente.—Dos sonetos, p. 76.
Edwards Bello, Joaquín.—13 de febrero de 1837, p. 104.
El atentado contra Rómulo Betancourt (Protesta y Comentarios) p. 129).
El caso de Puerto Rico (Documentos), p. 303.
Escobar, Alberto.—Canto para el día que viene, p. 109.—Poema del corazón, p. 114.—Salón de Otoño, p. 123.
Escoto, Carmen.—Carretas pintadas, p. 230.
Este gran Don Fernando, p. 227 del Nº 15.
Evans, Luther H.—Sor Juana, valor universal, p. 257.
Eyquem, María Teresa.—Homenaje a Luis Ibarra en la Maison de L'Amerique Latine, p. 280.

Falcón, César.—Horas con Manuel Ugarte, p. 232 del Nº 15.
Frank, Waldo.—Testimonio, p. 129.
Frugoni, Emilio.—Ignominiosa torpeza, p. 131.

Gallegos, Rómulo.—Leonardo Ruiz Pineda, p. 379.
Garet Mas, Julio.—Raúl Montero Bustamante, pp. 177 y 210.—Blanca Luz Brum, p. 297.
Garasino, Ana María.—Federico Henríquez y Carvajal, p. 353.
Garnier, José Fabio.—La presento, p. 84.
Genta, Edgardo Ubaldo.—Nació un niño en Polonia, p. 47.
González Arrili, B.—La Biblioteca Blanca, p. 221.
Guerra, Agustín.—Versos, p. 247.
Guillén, Pedro.—El drama de los hombres de color, p. 236 del Nº 15.—Carta de buena voluntad, p. 255.—La vieja noria, p. 351.
Guillén Fernández, Carlos.—Incorporación de Guanacaste a Costa Rica, p. 142.
Gutiérrez, Joaquín.—Los niños de Varsovia, p. 50.—Encuentro de un hombre solo con otros hombres, p. 149.
Gutiérrez de la Fuente, M.—La linda moza, p. 44.

Hanke, Lewis.—Carta a propósito de Las Casas, p. 127.
Henríquez García, E.—Mi protesta, p. 235 del Nº 15.
Homenaje a Sor Juana Inés de la Cruz, pp. 257 a 260.
Hostos, Eugenio María de.—Meditaciones a la vista del Océano Pacífico, p. 6.

Iduarte, Andrés.—Amado Nervo en sus cartas, p. 145.
Imbert Julio.—En el liño p. 222.
Indice del tomo XLVII, p. 382.
Infantes Florido, Francisco.—La linda moza, p. 44.

Jenkins, Eduardo.—Ciclo de angustia, p. 44.
Jiménez Alpízar, Ricardo.—Me lo tienen enguatusao!, p. 213.
Jiménez Canossa, Salvador.—Soledades, p. 77.—Soledad, p. 171.—Sé que tu voz..., p. 332.
Jiménez Rojas, Elías.—Un desterrado de la Historia: Jean Hippolyte Colins, p. 25.—Dale con la democracia, p. 118.
Jiménez Rueda, Julio.—Xavier Villaurrutia, p. 89.
Jugando con fuego, p. 255.
Jugo, Román.—San Martín: El estadista y el hombre, p. 40.—Seamos sólo armonía..., p. 98.—Homenaje a un caballo, p. 162.

Kochen, Olga.—Versos, p. 290.

La lección de Leonardo, p. 338.
Labarca H., Amanda.—En torno a González Vera, p. 237 del Nº 15.
Labarthe, Pedro Juan.—Otra vez en México, p. 274.
Lamarche, Angel Rafael.—Una notable poetisa y un cuento notable, p. 365.
Laol-Tszé o El Universo Mágico, p. 378.
Lardé de Venturino, Alice.—Hacia las cumbres, p. 215.
Las actividades culturales, p. 183.
Las epopeyas de Ubaldo Genta, p. 381.
Latcham, Ricardo A.—Crónica literaria, p. 342.
Lección de moral de Pablo Casals, p. 9.
Lerin, Manuel.—Una poesía vital y efirmativa, p. 168.
Lizaso, Félix.—El Homenaje Americano a José Martí, en su centenario, p. 273.
Lobell, Conie.—Jesús, p. 15.
Lorz, Víctor.—Nación, Estado, Democracia, p. 106.—La ciudad y el campo, p. 294.
Los hechos, p. 62.
Luarca, Francisco.—Lo mató el finado, p. 287.
Lozano y Lozano, Juan.—Haya de la Torre, p. 3.

Llorens, Noel.—Reportaje a Juan Bobo, p. 362.

Maderal, Luis R.—*Elegía,* p. 354.
Maiti, Mercedes.—La humanidad avanza, p. 79.—Carmen Lira, p. 302.
Marín, Juan.—El misterio de Krishna, p. 27.—*Satyagraha* o "El Camino de la Paz", p. 41.—Rèseña de *Rostros y climas,* de Jorge Carrera Andrade, p. 128.—*Mensaje* de Dora Isella Russell, p. 172.—Un nuevo santo recorre la India donando tierras a los pobres, p. 174.—Sri Aurobindo, el "Santo de Pondichery", ha muerto, p. 216.—Aurobindo o la Vida Divina, p. 216.
Marín Torres, Héctor.—Palabras dichas, p. 15.
Marinello, Juan.—El Segundo Congreso de la Paz, p. 113.—La Cultura y la Paz, p. 241.
Marquina, Rafael.—Conangla académico p. 46.
Martín, Julio.—A propósito de *Camaleón,* p. 54.
Médiz Bolio, Antonio.—El murmullo de los libros, p. 230 del Nº 15.
Mejía Sánchez Ernesto.—Edgar Allan Poe en Méicxo p. 144.
Meléndez Concha.—Figuración de Puerto Rico, p. 67.
Mendieta, Salvador.—El sí... de Kipling, p. 70.
Menéndez Alberdi, Adolfo.—Soneto, p. 363.
Mensaje de la Liga Femenina Salvadoreña, p. 316.
Merani, Alberto L.—Antagonismo de la inteligencia y la emoción, p. 94.
Meza, Juan José.—Democracia exagonal, p. 223.
Mistral, Gabriela.—La palabra maldita, p. 2.—Kindergarten, p. 18.
Montenegro, Isberto.—Elegía en cuatro tiempos, p. 8.
Montero V., Arturo.—Poesías de *Vesperal,* p. 141.
Moreno Villa, José.—Con Gabriela Mistral y Germán Arciniegas, p. 24.
Morón, Guillermo.—Pedagogía aluvional, p. 52.
Mulder, Elisabeth.—Partir, círculo vicioso, p. 191.

Navarro Luna, Manuel.—Oda a la Paz, p. 238.
Navas, Diana.—Niños del mundo, p. 374.
Neruda, Pablo.—Palabras dichas en Varsovia, p. 45.—Discurso en el sexto festival cinematográfico de Karlevy Vary, p. 158. Cuando de Chile, p. 317.
Nieto Caballero, Agustín.—Atención con el deporte!, p. 38.
Nieto Caballero, L. E.—El interés mundial por Haya, p. 5.—Un espectáculo de la Inteligencia, p. 289.
Noguera, María de.—El indio y el español, p. 125.

REPERTORIO AMERICANO

CUADERNOS DE CULTURA IBEROAMERICANA

Teléfono 3754
Correos: Letra X
J. García Monge
En Costa Rica:
EDITOR
Susc. anual: ₡ 18.00

..."y concebí una federación de ideas," — E. Mía de Hostos.
El suelo nativo es la única propiedad plena del hombre, tesoro común que a todos iguala y enriquece, por lo que para dicha de la persona y calma pública no se ha de ceder ni fiar a otro, ni hipotecar jamás. — José Martí.
"Bárbaros, las ideas no se matan", repitió Sarmiento
Desgraciado el pueblo cuando el hombre armado delibera.—Bolívar

EXTERIOR:
Suscrición anual:
$ 5 dólares
Giro bancario cobrable en los EE. UU.

Noticia de libros. pp. 16, 32, 64, 80, 96, 139, 160, 176, 192, 224, 240, del Nº 15, 256, 272, 288, 304, 320, 336, 352 y 373.
Nucete, Sardi, José.—En *El Renacimiento* con Walter Pater, p. 232.
Núñez, Solón.—Pido la palabra, p. 254.
Núñez y Domínguez, José de J.—Rafael Heliodoro Valle. Esbozo de su personalidad, p. 185.— Influencia de Víctor Hugo en la América Latina, p. 369.
Olguín, Manuel.—Reseña del libro *The Arts and Their Interrelations,* by Thomas Munro, p. 231.
Ordóñez Argüello, Alberto.—Algunas poesías, p. 10.
Orrego Vicuña, Eugenio.—Oración a Rubén Darío, p. 145.
Ortiz, Fernando.—Por la libertad de la idea, p. 226 del Nº 15.
Ortiz Vargas, A.—Una carta, p. 298.—Una biografía, p. 299.
Palacios, Alfredo L.—Conmemorando el 1º de Mayo, p. 30.
Palma, Oscar Edmundo.—Chile, Neruda, p. 311.
Pardo García, German.—Una carta a don Gamaliel Noriega, p. 172.
Paz Paredes, Margarita.—Canción de Paz al Angel esperado, p. 166.—Poesía y realidad, p. 167.
Paz Paredes, Rafael.—Germán Pardo García. Persona y creación, p. 153.
Pla Cárceles, José.—Estatuas y hogueras, p. 251.
Penón de Abad, María Socorro.—Página lírica, p. 126.
Peralta, Hernán G.—El 1er. Congreso de Academias de la Lengua Española, p. 269.
Pereira Rodríguez, José.—Epístola a Guillermo Nannetti, p. 57.
Perón, pedagogo, p. 165.
Picado Umaña, Mario.—7 poesías sin título, p. 348.
Piga, Arturo.—Política educacional en Hispanoamérica, p. 231 del Nº 15.
Poe, Edgar Allan.—El cuervo, p. 357.
Povedano, María Elena.—Página lírica, p. 84.
Prieto, Emilia.—Con Benjamín Herrera, p. 13.—El mito de la velocidad, p. 262.—Lo presento, p. 283.
Prieto F., Luis B.—Un personaje de Rómulo Gallegos en acción, p. 88.
Protesta la *Asociación Internacional de Prensa* de Montevideo, p. 132.
Quero Molares, J.—Antonio Machado, el poeta de Castilla, p. 152.
Quesada, Ricardo.—Los Chiles, p. 283.—Tú y yo, p. 284.—Encuentro, p. 287.
Quijano, Alejandro.—En busca de Cervantes, p. 248.
Ramírez, Alfonso Fco.—El Sermón de la Montaña, p. 86.
Ramírez Necochea, Hernán.—Fundamentos y finalidades de la educación de adultos en América Latina, p. 74.
Rembao, Alberto.—La chispa eterna y el momento pasajero, p. 78.—Cartagena de Indias a la vista, p. 121.—Carga de la fantasía consuetudinaria, p. 220.—Arturo Torres Rioseco, p. 364.—Tránsito de Alma Fiori, p. 376.
Riaño Jauma, Ricardo.—Don Fernando Ortiz, p. 228 del Nº 15.
Roa, Raúl.—Tirano Banderas, p. 141.
Rodríguez, Rafael.—A la sombra de la Libertad, p. 34.
Rodríguez Briceño, Vicente.—Son 3 poemas, p. 293.
Rodríguez Jiménez, Oswaldo.—¿Ha impedido la regla de unanimidad o veto, el funcionamiento de las *Naciones Unidas* en el campo político y de seguridad?, p. 147.
Romero, Francisco.—Carta (Pedro Henríquez Ureña), p. 177.
Ruiz Vernacci, Enrique.—Una gran novela americana, *Los hombres del hombre,* p. 81.
Sáenz, Carlos Luis.—"Repertorio" de medio siglo, p. 62.—En recuerdo de don Anastasio Alfaro, p. 73.—Así lo aprecio, p. 77.—*Vesperal* de Arturo Montero, p. 139.—Maíz, p. 327.—Como antes en tus regazos, p. 326.—Requiem por Max Jiménez, p. 326.
Sáenz Vicente.—Así opino, p. 171.
Salas Pérez, J. J.—Las aguas de las sierras, p. 94.—Trasmigración, p. 229 del Nº 15.
Sampietro, Antonio.—Cajal, el clásico, p. 324.
Sánchez, Emilio E.—Homenaje ejemplar de la ciudad de Córdoba, Rep. Argentina, a su famoso poeta Arturo Capdevila, p. 361.
Sánchez, Luis Alberto.—Cuaderno de bitácora (Lo que no pasa. Permitidme hablar de mí), p. 105.—El asesinato no paga, p. 130.—Pedro Claver, el epóstol de los negros, p. 139.—Reviviendo a Chocano, p. 161.—Un piloto mexicano en Nueva York, p. 215.—El mundo: ese desconocido, p. 325.
Sanín Cano, B.—Las amenazas a la razón, p. 19.—Momentos de cordura o de reflexión, p. 93.—Carta a Juan Marinello, p. 115.—Fábula p. 175.—Popularidades ficticias, p. 188.—Revoluciones, guerras y consecuencias, p. 291.—Carta profética, p. 292.
Santovenia, Emeterio.—Albizu Campos, p. 136.
Scherwenke, Hans.—Entérense, p. 223.
Sender, Ramón.—Reseña, p. 31.
Sor Juana Inés de la Cruz, Tercer Centenario de su nacimiento p. 157.
Sotela, Amalia de.—Cuartillas, p. 358.
Swain, James O.—La Cultura y la Cooperación Interamericana, p. 285.
Tejera, Humberto.—La profecía de Hostos, p. 11.—Andersen, el abuelo de los cuentos, p. 49.—Miranda, símbolo de democracia, p. 72.
Terán Gómez, Luis.—El estadista en un medio democrático, p. 69.—*La Prensa* frente al dictador Juan Domingo Perón, p. 123.—Esta carta... p. 124.
Testimonios de aprecio, p. 253 y 350.
Torre H., Carlos A.—Billo Zeledón como lo conocí, p. 56.
Torres, Edelberto.—Rubén Darío, poeta civil y social, p. 305.
Torres, Olga E.—Mis versos, p. 138.
Torres-Rioseco, A.—Dos discursos ejemplares, p. 233.—Enrique Muñoz Meany, p. 282.—Ernesto Montenegro, crítico chileno, p. 313.
Trigueros de León.—José Moreno Villa, p. 348.
Un viejo amigo de *Juan del Camino.*—El asilo de Haya de la Torre y la noble actitud de Colombia, p. 264.
Unamuno Lizarraga, Fernando.—Recogiendo el epistolario de Unamuno, p. 161.
Uralde, Celina Haydée.—Teoría del yo, p. 236 del Nº 15.
Urbano, Victoria E.—3 poemas, p. 29.—Tres mujeres y la luna, p. 29.—Agustina, p. 159.
Uslar Pietri, Arturo.—Etranjeros y hermanos, p. 164.—Un hombre, p. 337.
Valle, Raf. Heliodoro.—Miranda, p. 18.—Dos sonetos, p. 56.—Minucias de Historia, p. 163.—Tres siglos de amor, p. 258.—Guirnalda de Alfredo Cardona Peña, p. 270.
Valerín A., Celina.—Transformación de hábitos y costumbres en las democracias modernas, p. 62.—El arte de vivir y de servir, p. 332.
Vargas Salas, José E.—Reseña, p. 263.
Vásquez Pérez, Gregorio.—Pregón del niño camaronero, p. 247.
Velázquez, Alberto.—Así protestamos, p. 261.
Vidal, Teresa.—Página lírica, p. 237 del Nº 15.
Villalobos Rojas, J. Fco.—*El poeta y Cadenciosa,* de Fabián Dobles, p. 20.
Villaronga, Luis.—El numen, p. 58.—El tiempo de los bobos, p. 92.—El valor del tiempo, p. 166.—Carta a la señora Hortensia Málaga Cornejo Bouroncle, p. 231.—Las plantas, tesoro de salud, p. 319.
Viera Altamirano, N.—Haya de la Torre con los cristianos al circo, p. 3.—Saber, maneras y conducta, p. 325.
Vílchis Baz, Carmen.—La ciudad de los niños, p. 85.—Por los caminos..., p. 214.—Con la "Asociación de Abogadas Mexicanas", p. 360.
Vivero, Fdo. León de.—¿Cama caliente... o fría?, p. 373.
Vives, Lorenzo.—Hablemos de 3 libros, p. 42.—Del autoconocimiento espiritual, p. 71.—Saulo de Tarso, p. 137.—El mensaje de Fernando Centeno, p. 151.—"Aguas Negras", p 239.—En la lira de Alfredo Ortiz Vargas, p. 296.—*El juicio final,* de Genta, p. 377.
Zamora Elizondo, Hernán, p. ...—Observando el lenguaje infantil, pp. 268 y 299.
Zavaleta, C. E.—Mister X, p. 102.
Zulueta, Luis de.—El Testamento de Einstein, p. 33.—Las culpas de los padres, p. 51.—El hombre educado, p. 134.—La escuela de los padres, p. 164.—25 siglos de guerra fría, p. 240.